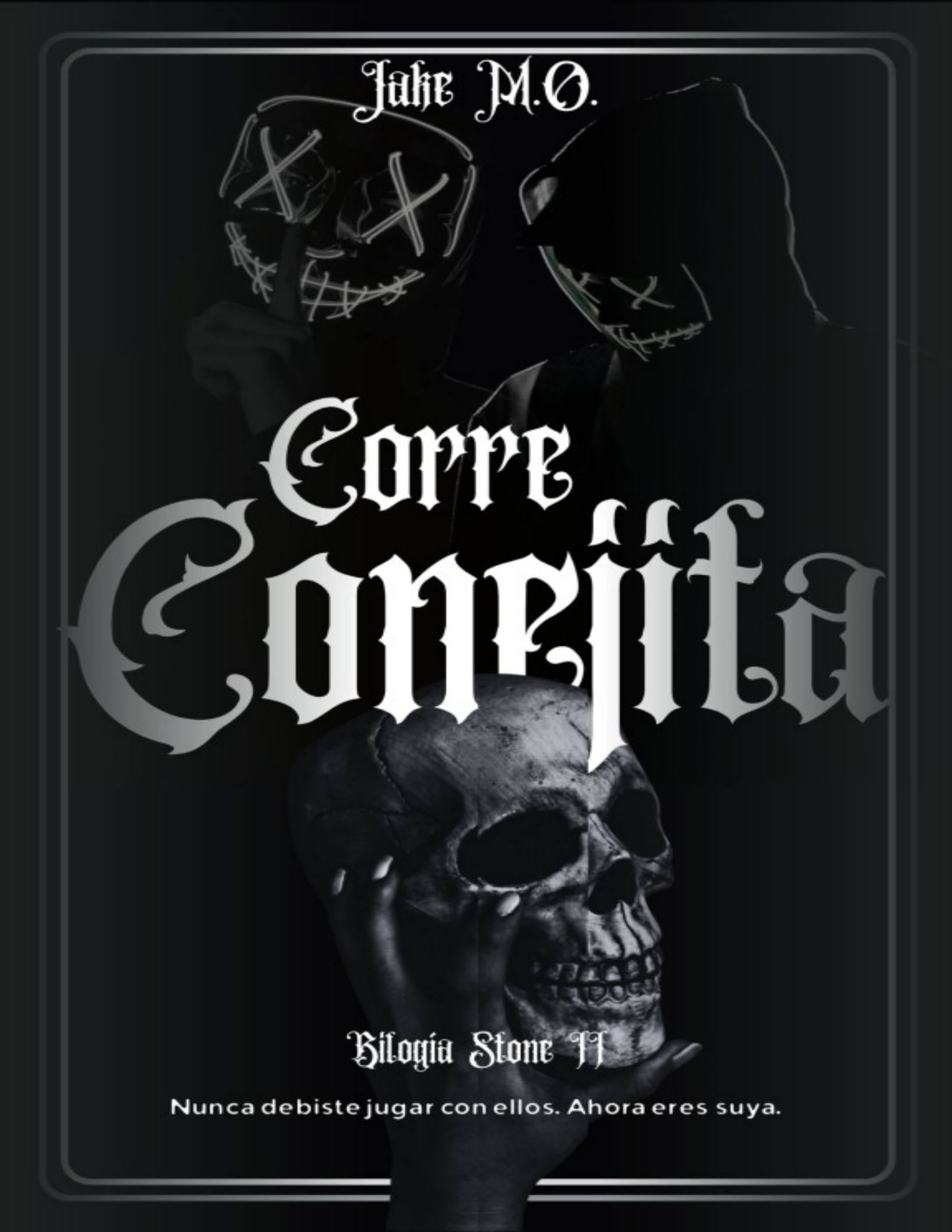
Jake M.O.



Corre Conejita

Bilogía Stone II

Nunca debiste jugar con ellos. Ahora eres suya.

Corre Conejita



Primera edición: octubre de 2025
Título original: *Corre Conejita*
© Jake M.O., 2025.
Diseño de la portada: Jake M.O.
Corrección y maquetación: Jake M.O.
Imágenes y vectores: Canva Pro.

Esta publicación ha sido posible a Amazon KDP. Es una publicación independiente.

Sello editorial:
Independently published

Sígueme en redes sociales:


Jakemoautora


Jakemoautora

Esta obra está protegida por la legislación vigente sobre propiedad intelectual. Queda totalmente prohibida su reproducción, distribución, comunicación pública o transformación, total o parcial, por cualquier medio o procedimiento —incluidos medios mecánicos, electrónicos, ópticos, magnéticos, reprográficos, de almacenamiento o de recuperación de información— sin la autorización expresa y por escrito de la autora. Cualquier uso no autorizado podrá constituir un delito contra la propiedad intelectual, tipificado en los **artículos 270 a 272 del Código Penal.**

Nunca debiste jugar con ellos. Ahora le eres suya.

Corre Conejita



Jake M.O.

A las que habitan en las sombras,
aman a los monstruos que otros temen,
desean lo prohibido y oscuro,
y saben que en la oscuridad más profunda
se encuentra un extraño refugio.

Nota de la autora



¡Hola de nuevo! Quiero recordarte lo importante que es leer las advertencias que encontrarás en la siguiente página. Por favor, léelas.

En esta otra historia de Halloween encontrarás a los gemelos Stone y la rebelde Astrid Langford. No tenía planeado escribir su historia, pero simplemente no podía dejarlos pasar.

Como has podido deducir, esta es una relación MFM poliamorosa, donde nuestra protagonista no se decide por ningún gemelo, sino que está con ambos. Debido a esto, podrías encontrar ciertos roces entre ellos, pero no hay incesto entre los hermanos Stone.

También me gustaría recalcar que esta historia contiene un montón de filias y fetiches, así como escenas muy subidas de tono e incluso contenido "no consentido". Así que si eres menor de 21 años, lees bajo tu responsabilidad.

En este tipo de historias no se pretende romantizar ningún acto, cada filia ha sido investigada y se usa solo para la ficción. Como autora y como mujer, no apoyo este tipo de actitudes en la vida real.

Ahora, intenta disfrutar de este maravilloso trío y… abre bien los ojos, alguien te vigila.



Si cualquiera de estos elementos puede resultar detonante o incómodo para ti, **te recomiendo no continuar**. Esto es ***ficción***. No pretende educar, corregir ni justificar. Solo contar una historia oscura para entretener.

- Relación tóxica MFM (hombre+mujer+hombre).
- Sexo explícito.
- Sadomasoquismo.
- Filias sobre el embarazo.
- Humillación y degradación.
- Conductas moralmente cuestionables.
- Fetiches que pueden resultar incómodos (CNC).
- Somnofilia.
- Asfixiofilia.
- Ausencia de límites.
- Juegos con semen.
- Voyerismo y exhibicionismo.
- Acoso.
- Alto contenido spicy.

Y repito que Todos los personajes implicados son **mayores de edad**. Esta historia es **ficción**. No promueve ni justifica comportamientos abusivos en la vida real.

Capítulo uno



Astrid

Mi corazón latía con fuerza dentro de mi pecho. Los gemelos Stone me observaban con hambre, como si fuera una presa fácil de cazar. Vaughn sonrió de medio lado, mientras que Alaric tenía fuego puro en su mirada, como si estuviera a punto de saltar por encima de las mesas y venir a por mí. Me había corrido en mitad de una clase del profesor Stone con Alaric y Vaughn observándome atentamente. Me lamí los dedos con una sonrisilla mientras los miraba a los dos. Tenía una fantasía, quería tenerlos a los dos a la vez y para ello debía provocarlos.

Atendí durante el resto de la clase, notando las miradas penetrantes e insistentes de los gemelos Stone. Me persiguieron después de salir de la universidad y entrar en la tienda de disfraces más exclusiva de la ciudad. Mis padres me habían dicho que le diera un buen uso y me comprara un disfraz adecuado para causar buena impresión. Al igual que los padres de mi mejor amiga, ellos eran ricos —muy ricos— y querían influencias para expandirse, querían la protección que otorgaba la Orden Dorada. Con la invitación que Sabrina y yo habíamos recibido de la Casa Umbra, ahora tenían la oportunidad de acceder a La Orden Dorada. Le di un sorbo a mi champán mientras Sabrina deslizaba la mano por cada prenda delicadamente colgada. Incliné la cabeza a

un lado cuando se detuvo delante de un vestido de novia lleno de sangre, corto y provocativo, como a ella le gustaba. A mí también, no iba a negarlo. Mi hobby favorito era provocar a los hombres, a algunos solo para rechazarlos después. Sabina decía que era cruel, porque seguro que esos hombres ya se habían imaginado follando mi coño.

Me giré hacia el otro lado de la tienda, donde había otro montón de disfraces perfectamente colgados en sus perchas. Ninguno llamaba mi atención y tenía que comprarme uno que fuera lo suficientemente llamativo como para llamar la atención de la Orden y lograr que mis padres entraran en ella. Caminé de un lado a otro, copa de champán en mano, observando las delicadas telas. Algunas eran de seda, otras de algodón, satén, terciope… Me detuve abruptamente delante de un maniquí. Mi mandíbula se desencajó al tiempo que una risita femenina sonaba a mi lado, proveniente de la dependienta que me había acompañado como una sombra.

Mi vista bajó y luego subió, recorriendo de pies a cabeza el magnífico disfraz de conejita. La tela de terciopelo gris perlado parecía extremadamente delicada y elegante. Deslicé por la parte de la barriga rosita pastel las yemas de los dedos. La tela era muy suave.

—Lo ha hecho uno de nuestros mejores costureros, ha dedicado tiempo y cariño en cada pieza —dijo la dependienta.

Las orejas de la cabeza estaban hechas del mismo material. Las botas, que llegaban hasta la mitad del muslo, también eran de terciopelo gris. Di la vuelta al maniquí. Mi boca se curvó hacia arriba al ver que el disfraz era de tanga y que tenía una cola peluda en la parte más ancha de arriba. Me mordí el labio inferior. El disfraz era perfecto para mí, era lo que quería. Mis ojos recorrieron cada centímetro de tela.

—Me lo llevo —le dije a la dependienta.

—¿Le gustaría probárselo, señorita?



Me senté en la cama de Sabrina sin apartar la vista de la pantalla de mi móvil. Mi hermano mayor no me dejaba en paz. Como siempre, me enviaba mensajes llamándome zorra y puta; era su modus operandi desde que mi cuerpo comenzó a desarrollarse. Mis padres lo regañaban constantemente, pero como no hacían nada real para detener sus mierdas, su acoso no cesaba. Ni mi hermana pequeña ni yo sabíamos qué tenía en mi contra, porque con ella no era así. De hecho, parecía tenerle un poco de cariño. Sterling era un puto psicópata que estaba obsesionado conmigo.

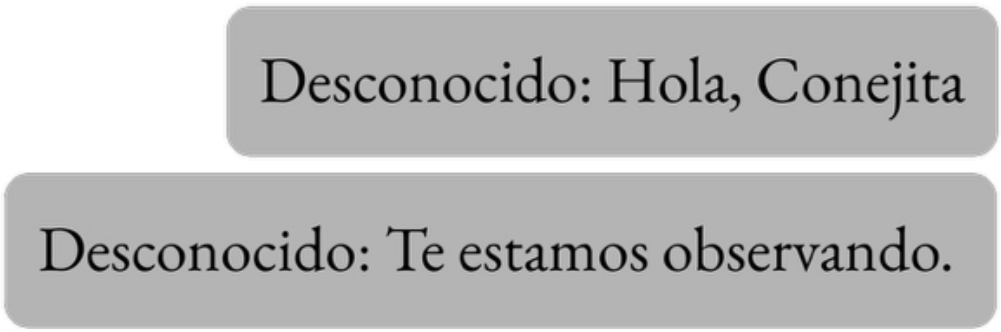
Sabrina apoyó la barbilla en mi hombro y me dio un beso en la mejilla.

—¿Otra vez te está molestando? —preguntó.

Resoplé. Ella era mi mejor amiga y sabía todo —o casi todo— sobre mí. Había partes oscuras en mi interior que me daba miedo y vergüenza admitir en voz alta. Nadie conocía esa parte de mí, solo mi querido diario. Me mordí el labio inferior y le envié un audio a Sterling diciéndole que me dejara en paz o… solo le dije que me dejara tranquila, que no quería saber nada de él y sus tonterías. No tenía con qué amenazarlo. Mi hermano no era inocente, no era un alma bondadosa y abnegada. Mi familia sabía que hacía cosas, las ocultaban del ojo público y por esa misma razón yo no tenía ninguna prueba para amenazarlo y exigirle que me dejara en paz.

Sabrina me dio un beso en la mejilla y se metió en el baño para darse una ducha. Tenía que acostumbrarme a esto, Sterling jamás se detendría. Aunque si al menos supiera por qué me trataba así… Quizás no cambiaría nada. Eso era lo más seguro.

Mi móvil vibró en mi mano. Antes de bajar la vista hacia la pantalla, mi cuerpo sufrió un ligero espasmo porque sabía que era Sterling. Fruncí el ceño cuando vi que era un mensaje de un número desconocido. Lo abrí… temblé de verdad.



Astrid: ¿Qué? ¿Quién eres?

No recibí respuesta. Puse los ojos en blanco, seguramente solo era una estúpida broma de los Alpha Sigma, cada año hacían lo mismo. Sus bromas siempre sobrepasaban todos los límites, aunque normalmente no se metían con nadie de nuestra hermandad. Me puse de pie, guardé el móvil en el bolsillo trasero de mi vaquero y me despedí de Sabrina hasta la hora de la cena. Yo también necesitaba una ducha. Al salir, todo estaba en silencio y se sentía un frío fantasmal. Los vellitos de mis brazos se erizaron y una ligera corriente eléctrica recorrió mi columna vertebral.

Me apresuré por el largo pasillo para llegar a mi habitación, no me gustaba pasar tiempo ahí, prefería estar con Sabrina. Me habían dado la última habitación al final del pasillo superior del ala izquierda; la de Sabrina quedaba al otro lado. El padre de Sabrina insistió en que me cambiaran, pero no pudo lograrlo, ya que todas las habitaciones habían sido asignadas.

Entré y cerré tras de mí, recostando la espalda en la puerta con el corazón desbocado. Me encantaba Halloween, decidir mi disfraz de cada año, recibir las invitaciones a varias fiestas y elegir siempre donde mejor nos lo pasaríamos mi amiga y yo, pero me ponía los pelos de puntas las bromitas de los imbéciles. Las chicas de mi hermandad no solían hacer nada, a no ser que las provocaran. En cambio, los Alpha Sigma estaban acostumbrados a hacer bromas pesadas.

Sacudí la cabeza y empecé a desnudarme. La incomodidad seguía dentro de mí. Miré por encima de mi hombro, sintiendo que alguien me miraba, pero estaba completamente sola y con las luces encendidas. Las cortinas de la ventana estaban cerradas, así que nadie que pasara por la calle podía verme. Aun así, la sensación seguía ahí.

—Estás loca, Astrid —murmuré para mí misma.

No tardé mucho en darme la ducha, pues no había tenido que lavarme los rizos, que era lo que más trabajo me daba siempre. Adoraba mi melena afro, pero si tenía que ser sincera, era un poco perezosa para mi tipo de pelo. Aunque no lo cambiaría por otro. Lo tenía larguísimo y me había llevado años llegar a ello, además, el color castaño oscuro —casi negro— me quedaba de muerte y hacía un precioso contraste con mi piel oscura. Además, mi cara

también era perfecta, tenía los labios gruesos, los ojos con forma de almendra de color marrón café y mi nariz era pequeña y respingona. Mi hermana pequeña decía que no necesitaba que nadie me halagara, que ya lo hacía yo sola y tenía razón. Me gustaba mi físico, me cuidaba mucho y estaba orgullosa.

Me puse el pijama, un pantalón corto y una camiseta de tirantes. Resoplé al verme en el espejo. Era demasiado pequeña de estatura, no llegaba ni al metro sesenta. Sabrina era mucho más alta que yo y tenía más tetas. La puerta se abrió y ella asomó la cabeza con una sonrisa.

—Te odio —le dije.

—¿Otra vez pensando en mis tetas?

—¡Tienes muchas!

—No tengo tantas, es que eres pequeñita.

Le saqué la lengua, haciéndola reír. Me puse una sudadera por encima y salí de la habitación. Sabrina me cogió de la mano y entrelazó nuestros dedos. Cuando entramos en el comedor, la mesa ya estaba puesta y las hermanas sentadas en sus sitios. En esta hermandad no teníamos que cocinar, el coño de la presidenta nos había conseguido un chef personal. Me reí bajito.

—¿En qué estás pensando? —me susurró Sabrina.

—En que el coño de la presidenta es como una tarjeta de crédito que nos permite comprar cosas.

Mi amiga soltó una carcajada que llamó la atención de las demás, entre ellas la presidenta. Madeline levantó una ceja en nuestra dirección. Sus uñas perfectas tamborileaban en la superficie de madera de la mesa.

—¿Algo que queráis compartir? —preguntó con aires de superioridad. Se tomaba muy en serio su papel de presidenta—. Así podemos reírnos todas.

Chasqueé la lengua.

—No creo que mi chiste te haga gracia a ti.

El rostro de Madeline se contorsionó en una mueca de rabia. Nunca le gusté, era una racista y no lo ocultaba, pero me había tenido que aceptar en esta hermandad porque mi padre y el de Sabrina le exigieron al decano que era esto o nada. Por supuesto, no podía decir que no, ya que el padre de Sabrina

amenazó con llevar el caso a la prensa. Le lancé un beso con un guiño a Madeline. Ella también sabía que yo la insultaba sin pudor y yo sabía que ella hacía lo mismo con sus arpías, sus dos amigas… Aunque más que amigas, parecían esclavas.

—Mañana te quedas en la casa limpiándola —me dijo con una sonrisa repugnante.

—Lo siento, no puedo. —Le devolví la sonrisa.

—No te he dado a elegir, es una orden y la vas a cumplir. Quiero que limpies mi habitación a fondo, luego la de las demás.

Pinché ensalada y un trozo grande de pollo a la plancha, luego lo metí en mi boca y mastiqué con la boca abierta, sabiendo que eso molestaría a Madeline.

—Jodida estúpida —gruñó.

—¿Disculpa? —Escupí comida a propósito, haciendo reír a Sabrina—. No te he oído, Made… —escupí lechuga cerca de ella— line.

Se limpió la mano, donde habían caído comida y babas mías. Tenía muchísimas ganas de reírme, así que… escupí el resto de comida que tenía en la boca en la cara de la zorra mayor y comencé a reír a carcajadas.

Madeline dio una palmada sobre la mesa, una de sus arpías se precipitó a limpiarle la cara, como si fuera su maldita esclava. Sabrina negó con la cabeza mientras le decía que Madeline podía limpiarse ella sola, aunque la arpía ignoró a mi amiga. Y luego la imitó limpiándome a mí la boca con una servilleta.

—Uno de estos días… —murmuró Madeline con los dientes apretados.

—¿Qué harás? Espera, me vas a azotar con el látigo y me mandarás a los campos de algodón. —Me puse una mano en el pecho—. Madeline… ese pensamiento no es propio de ti, con el gran corazón que tienes.

Se levantó de la mesa, enfadada, y se marchó, seguida por las dos arpías. La tensión en la mesa pareció evaporarse por completo y las chicas empezaron a reír. A ninguna de ellas les caía bien Madeline. ¿Nos conseguía cosas gracias a su coño? Sí, pero todo tenía un precio para nosotras. Teníamos que aguantar su tiranía. Algunas de las chicas que estaban aquí habían tenido que lidiar con diferentes partes de la personalidad de Madeline. Varias de ellas habían estado

a punto de desarrollar un TCA por culpa de los comentarios malintencionados de esa zorra.

—¿Podemos dormir todas juntas esta noche? —preguntó una sin mucha confianza.

—Sí, por favor —dijo otra—. No quiero dormir sola con el monstruo de Amstetten.

Se me escapó una carcajada. Madeline era cruel y despiadada, una manipuladora y una zorra, le venía de perlas ese nombre.

Capítulo dos



Vaughn

—¿Crees que se parece a ella?

Aparté la mirada de la pantalla de mi móvil y la desvié hacia mi hermano. Negué con la cabeza y él gruñó. Le asestó un golpe con el bate de metal en la cabeza, matándola de inmediato. Esa pobre chica que se desangraba lentamente en el sótano de la Casa había cometido el error de cruzarse en el camino de mi hermano cuando iba hacia la biblioteca. Le dije a Alaric que no se parecía ni un poco a la Conejita, pero no me escuchó porque su único pensamiento era divertirse un rato. Me hizo la misma pregunta repetidas veces y mi respuesta siempre fue la misma: esa chica no se parecía a nuestra Conejita ni en el blanco de los ojos.

Astrid Langford era delicada y rebelde, una provocadora nata. La chica que estaba muerta en el suelo había temblado desde que nos vio aparecer. Era una cobarde y así había muerto. Alaric se pegó a mí, con la barbilla sobre mi hombro, y leyó el mensaje.

—¿No vas a responderle? —me preguntó.

—No, es mejor así.

—Sabes que mamá odia que juegues con la mente de las personas, ¿verdad?

—¿Y?

—Nada, solo era un apunte. —Alaric sonrió, era tan retorcido como yo —. Vamos a casa a cenar, me muero de hambre.

—No podemos —suspiré—. Tienen invitados.

Mi gemelo puso los ojos en blanco. Siempre que nuestros padres tenían invitados, debíamos pasar la noche fuera. No porque ellos nos lo pidieran, sino porque nosotros no queríamos escuchar sus orgías e intercambios de parejas. Era mejor pasar la noche en la Casa o con nuestro abuelo.

—Me había olvidado de que los viejos están calientes como monos.

Me reí. Alaric solía tener ese punto gracioso dentro de él, algo que a mí me faltaba totalmente. Alaric era el que atraía a las chicas, el que las captaba y luego las convencía de ser folladas por los dos. Si me encargaba yo de ese trabajo, salían corriendo despavoridas.

—Llama a alguien para que limpie tu desastre, hermano.

Alaric inclinó la cabeza a un lado, observando el cadáver.

—No se parecía en nada —murmuró.

—¿Y ahora te das cuenta?

Suspiró, sacó su móvil y envió un mensaje. Luego dijo en tono jocoso:

—Supongo que solo era una excusa para divertirme un rato.

Alaric lanzó el bate al suelo, cerca del cuerpo. Pasé mi brazo por encima de los hombros de mi hermano y nos encaminamos a las escaleras. La Casa estaba silenciosa cuando salimos del pasillo que llevaba al sótano y entramos en el vestíbulo, pero al acercarnos más al salón, los gemidos comenzaron a sonar más fuertes. El choque de carne contra carne se apreció más y más hasta que entramos en el salón. Los miembros de la Casa tenían una pequeña orgía montada esta noche, previa a la fiesta de Halloween anual. Mi hermano y yo nos sentamos en un sofá vacío a observar la escena. El vicepresidente de la Casa Umbra, Chad Spellman, tenía a una rubia arrodillada a sus pies y le follaba la boca con violencia. El tesorero, que se encargaba de recaudar fondos

mediante eventos secretos para la Casa, tenía atado a un chico de otra hermandad y se lo estaba follando por el culo mientras lo obligaba a comerle el coño a una chica, que también estaba atada de manos y pies.

Un esclavo se acercó a mi hermano y a mí con bebidas. El líquido ámbar resplandecía en los vasos. Agarré el mío y le di un sorbo. Alaric y yo éramos los presidentes de la Casa Umbra, había sido nuestra idea y la llevamos a cabo en poco más de un mes en nuestro primer año de universidad. Pensamos que era una buena idea, que era algo que nos preparaba para nuestro futuro en la Orden Dorada. Todos los que estaban aquí pasarían a formar parte de la Orden después de la universidad. Nuestros padres eran miembros. Mi madre sería la próxima Gran Maestro, aunque en realidad lo sería en las sombras, ya que ese puesto le pertenecía a mi padre por derecho de nacimiento.

—Dominus. —Levanté una ceja en dirección a la esclava que se había acercado por mi izquierda sigilosamente—. ¿Desea que le sirva?

—Sí, ponte de rodillas.

—Como ordene, Dominus. —Miró a mi hermano—. ¿Usted necesita algo, Summus?

Alaric asintió y ella le hizo un gesto a otra esclava para que se ocupara de mi hermano. Esa jodida Conejita me había dejado cachondo con el espectáculo que nos ofreció a mi hermano y a mí en medio de la clase de mi tío.

—Ojalá fuera esa puta Conejita —murmuró mi hermano mientras recibía la mamada de la esclava—. ¿No quieres que sea ella quien se arrodille y nos chupe las pollas?

—Sí —gruñí.

—¿Qué podemos hacer para tenerla?

—No lo sé… —Gemí—. Pensaré en algo. —Agarré a la esclava por el pelo y forcé su cabeza hacia abajo—. Chupa más fuerte.

Las babas caían por las comisuras de su boca. Moví su cabeza más rápido, entrando y saliendo de su garganta. Sus dedos se clavaron en mis muslos y empujó hacia atrás. Le hice un gesto con la cabeza a uno de los miembros de la Casa, él se acercó y se arrodilló detrás de ella. Otro hizo lo mismo con la esclava de mi hermano. Al mismo tiempo comenzaron a follarse a las esclavas.

A mi hermano y a mí nos gustaba compartir, era más divertido así. Los gemidos de la esclava recorrieron mi longitud, así que le follé la boca más rápido. Alaric levantó las caderas, las bajó y las volvió a subir. Yo también quería a la Conejita y ya había movido ficha para tenerla, la quería arrodillada ante nosotros y que la folláramos al mismo tiempo. Lo iba a conseguir, hasta entonces… ella nos tendría muy presentes.



—¡Abuelo! —gritó mi hermano en cuanto entramos en su casa—. ¡Venimos a hacerte compañía, viejo!

Sonreí. Alaric se llevaría una bofetada cuando nuestro abuelo lo viera por llamarlo viejo, odiaba esa maldita palabra. El abuelo apareció por la esquina del pasillo que iba hacia la cocina, vestido con su bata negra de seda por encima de su pijama, en conjunto con la bata, y una copa de coñac en la mano. Le dio un sorbo. El abuelo ya tenía una edad, aunque no la aparentaba. Era alto y de complexión fuerte, le gustaba cuidarse y hasta tenía un entrenador personal. Su cabeza estaba completamente desprovista de pelo, lo que resaltaba aún más sus facciones marcadas y su mandíbula ancha cubierta por una barba espesa bien cuidada, canosa en su totalidad, lo que le aportaba un aire severo. Sus cejas pobladas y sus ojos azules y penetrantes transmitían la autoridad que tanto le caracterizaba. Su piel contaba con algunas arrugas visibles que acentúan su expresión dura. No con la familia, con nosotros era más cariñoso y relajado.

—¿Tienen invitados? —preguntó con voz grave.

—Sí —suspiré.

—Bien, pasad al salón, enseguida voy.

—¿Estabas ocupado? —pregunté.

—Nada que no pueda solucionar rápidamente.

Asentí. Mi hermano y yo nos deshicimos de nuestras chaquetas de cuero, las dejamos sobre una silla en el vestíbulo y nos dirigimos hacia el salón de la mansión de mi abuelo. Aquí era donde mi padre y mi tío se habían criado.

Después, cada uno se compró su propia casa y se independizaron. Me dejé caer en el sofá de cuero frente la chimenea, que estaba encendida. Encima de esta había una televisión con una pantalla enorme. Alcancé el mando y la encendí. Mi hermano se sentó a mi lado, poniendo sus pies descalzos encima de mi regazo.

—¿Tienes hambre? —le pregunté.

—¿Pedimos algo?

—Sí.

Mi hermano se encargó de encargar comida a domicilio mientras esperábamos a que nuestro abuelo se uniera a nosotros, seguramente tenía a alguna de las siervas de la Orden en casa, solía traerse a alguna de vez en cuando.

—Buenas noches, chicos.

Miré por encima de mi hombro. Paulina se acercó sonriente y se sentó en el otro sofá. Era la hija ilegítima de mi abuelo y, aunque no llevaba el apellido Stone, era tratada como una más.

—Hola, tía Paulina —saludó mi hermano. Yo le hice un gesto con la mano—. ¿Con quién está el abuelo?

Ella frunció el ceño.

—Creo que trajo a una chica nueva de la Orden —respondió—. No he estado muy atenta, tenía deberes.

Alaric la miró.

—¿Qué tipo de deberes? —preguntó con burla.

—Eres muy gracioso, renacuajo. Deberes de la universidad, te recuerdo que estoy en mi último año de derecho, gilipollas.

Mi hermano y yo nos reímos. Nos encantaba provocar a Paulina, sobre todo porque ella nos seguía el juego siempre y nunca se molestaba. Además, adoraba su trabajo en la Orden. Llevaba la perversión en la sangre Stone que corría por sus venas y se ofrecía voluntaria como muñeca sexual, era la favorita de muchos miembros dentro de la Orden y eso le había abierto muchas puertas. Alguno incluso se ofreció a darle un sueldo mensual a cambio de que

ella se convirtiera en su amante, pero Paulina lo rechazó. Tampoco necesitaba ese dinero, el abuelo la mantenía.

—¿Quieres cena? —le pregunté.

—No, ya he cenado una ensalada.

—Qué asco —murmuró Alaric—. Ni que fueras una cabra.

Paulina le lanzó un cojín, haciendo reír a mi hermano.

—Ward parecía enfadado en la reunión —mencionó Paulina.

—Cometimos un pequeño error —dije—. Invitamos a nuestra fiesta a quien no debíamos.

—Eso escuché. ¿De verdad habéis invitado a una chica que no pertenece a vuestra secta?

Alaric se levantó del sofá de un salto.

—No es una secta —protestó.

Paulina comenzó a contar con los dedos.

—Matáis a gente por gusto, os folláis a quien os da la gana, hacéis orgías, tenéis una jerarquía, esclavos para serviros en cualquier cosa y un lugar de reunión que llamáis «La Casa». A mí me parece que sí.

Mi gemelo me miró con el ceño fruncido.

—Tenemos una secta —dijo muy serio.

—¿Y qué? El abuelo también tiene una.

Mi tía se rio negando con la cabeza. Alaric a veces podía ser bastante inocente, aunque la crueldad y el sadismo lo llevaba en los genes. El abuelo entró en el salón, le dio un beso en la cabeza a Paulina y luego se sentó a su lado, fulminando con la mirada a mi hermano, que no dejaba de reírse.

—La próxima vez que me llames viejo, te voy a dar tal bofetón que te pondré la cara detrás de la cabeza.

A mí se me escapó una carcajada y mi hermano se cruzó de brazos. Aunque el abuelo no decía eso en serio, jamás nos puso una mano encima y jamás lo haría.

—¿De qué estabais hablando? —preguntó.

—De Ward —respondió mi tía—. Parecía muy enfadado.

—Sí —suspiró el abuelo y le dio otro sorbo a su copa. Se giró hacia la mesa de mármol negro y cristal de Murano de su lado, un capricho de mi tía que él le concedió encantado, para coger un puro de la caja de madera de ébano—. Respecto a eso —el abuelo encendió el puro de su boca—, no volváis a hacer algo así. Respetad a vuestro tío y sus límites. Sabéis cómo es y no se anda con juegos.

—Cometimos un fallo, lo arreglaremos —dije.

—Eso espero, chicos. Os quiero, pero también a Ward y merece respeto.

—Sí, abuelo —murmuró Alaric.

Eché la cabeza hacia atrás ante la mirada insistente de mi abuelo, sabía que estaba esperando una respuesta de mi parte igual que había hecho mi hermano. Respetaba a mi tío como a cualquier miembro de mi familia, pero esa zorrita rubia estaba en mi camino y yo quería tener a la Conejita.

—Si tan interesados estáis en esa chica —dijo el abuelo, rompiendo el silencio—, dejadla embarazada.

Mi cabeza se movió automáticamente para fijar la vista en mi abuelo. Fruncí el ceño. ¿Ser padre a los veinte años? Mi abuelo sonrió de forma ladina.

—¿Por qué haríamos algo así? —pregunté.

El abuelo se reacomodó en el sofá y miró a Paulina.

—Cuando quería tener otro hijo, ya lo había intentado antes. Pero ninguna mujer parecía concebir una vida en su vientre. Hasta la madre de Paulina. —Los ojos del abuelo brillaron con una sombra llena de nostalgia—. No hay nada como correrse dentro de una mujer sabiendo que nada se interpone entre los dos, que tu semen la llena y la marca. Ver a una mujer embarazada de tu hijo es la prueba de que no tiene escapatoria de ti, de que cada parte de ella te pertenece, incluso la vida que late en su vientre.

Mi hermano y yo nos miramos a los ojos. Sentí mi polla removerse dentro de mis pantalones vaqueros. Queríamos poseer a esa Conejita traviesa que se había atrevido a provocarnos. Mi hermano se puso de rodillas en el sofá y se inclinó hacia mí.

—¿Te la imaginas embarazada sabiendo que nosotros lo hemos provocado? —susurró—. Vaughn quiero eso.

Joder. Ahora yo también lo quería. No, lo ansiaba. Si a ella se le redondeaba el vientre con un hijo mío y de mi hermano, todos sabrían a quién pertenecía.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado tan seguro de algo, hermano.

—La compartiremos toda la vida.

—¿Alguna vez pensaste en casarte con alguien que no nos quisiera a los dos? —Puso una mano sobre mi corazón—. Sé que ahí no hay nada, pero también sé que no irías a ningún lado sin mí.

Mi boca se curvó por un lado. Alaric no se equivocaba en nada de lo que había dicho. Nuestras vidas se habían entrelazado en el vientre de nuestra madre con un nudo tan fuerte, que ninguna persona podría romper nunca.

—Lo haremos, hermano —dije—. Dejaremos embarazada a la Conejita y ya tengo un plan.

Capítulo tres



Astrid

Sabrina se había ido a casa de sus padres a visitarlos y yo había hecho lo mismo. Mi hermanita estaba necesitada de cariño después de que nuestros padres la pasearan como un trofeo en un brunch esta mañana, se había perdido las clases por acompañarlos… En realidad, la habían obligado a ir con ellos. Entré en la casa de mis padres en Chestnut Street. Subí las escaleras directamente, sin saludar a Gracie, la criada que llevaba trabajando con mis padres desde que consiguieron su primer millón, cuando Sterling todavía no había nacido. Después de eso, las acciones de la empresa de mi padre subieron como la espuma.

—¡Señorita Astrid! —Me detuve en lo alto de la escalera con un suspiro de frustración—. Su hermana no está.

Me giré hacia Gracie.

—Pero si me había dicho que viniera.

—Debe haber sido una confusión, su hermana sigue con sus padres en Danvers.

—¿Todavía están en el brunch?

—Sí, señorita.

Suspiré al tiempo que sacaba mi móvil del bolsillo trasero de mi pantalón vaquero. El mensaje de mi hermana había desaparecido. Fruncí el ceño antes de sentir un escalofrío recorriendo mi espalda y ese aliento gélido que tan bien conocía.

—Gracie, retírate —ordenó Sterling detrás de mí.

—Señor…

—Fuera y que nadie nos moleste, tengo algo que hablar con mi hermanita.

Sterling me agarró por el brazo y me arrastró por el pasillo del lado izquierdo de la casa. No me resistí, sería inútil, pues mi hermano era mucho más fuerte y grande que yo. Lo intenté una vez y acabé tirada en el suelo cuando pude soltarme por la fuerza bruta que estaba ejerciendo sobre mí. Mi hermano me lanzó dentro de su habitación y cerró tras él con seguro.

—¿Qué quieres? —espeté.

—Papá ha dicho que te han dado una invitación a la Casa Umbra.

Me crucé de brazos.

—¿Y eso qué te importa a ti?

—Quiero ir.

—Sterling, ya no estás en la universidad. Por si se te ha olvidado, hace un año que te graduaste.

—He dicho que quiero ir.

—Y yo te he dicho que no. Nos han invitado solo a Sabrina y a mí. ¿Qué vas a hacer en una fiesta de universidad?

—Contactos, puta.

—Que no me llames así —mascullé.

Mi hermano se pegó a mí, dejando un palmo de separación entre nuestros cuerpos. Incliné la cabeza hacia atrás… Mi móvil sonó. Sterling me agarró por

la cintura con su brazo y levantó mis pies del suelo, metió la mano dentro de mi bolsillo trasero del pantalón y cogió mi móvil.

—¡Eso es privado! —chillé.

Sterling me ignoró y leyó el mensaje que me había llegado, luego se rio.

—¿Tienes un jodido acosador, puta?

—¡Suéltame y no me llames así de nuevo!

Mi hermano me lanzó al suelo con violencia, mis rodillas se deslizaron por el suelo porcelánico, la fricción se convirtió en abrasión. Jadeé con dolor. Rápidamente, me di la vuelta y me senté, agarrándome las piernas. Tenía sangre en las rodillas, que también estaban muy rojas. Las lágrimas empujaron en mis ojos, pero no podía darle el gusto a Sterling de verme llorar. Tiró mi móvil a mi lado, que hizo ruido al golpearse contra el suelo. Me agarró del pelo y aproximó su cara a la mía. Su aliento daba asco, era repulsivo y me dieron ganas de vomitar lo poco que había comido en la universidad.

—Eres muy torpe, hermanita. Solo quería abrazarte y te has puesto histérica, porque estás loca, ¿verdad? Cuando les cuente a papá y mamá que no has querido hacer las paces con tu hermano mayor, se van a sentir muy decepcionados contigo.

—Hijo de puta… —Dio un tirón de mi nuca—. Algún día…

—Nada —se rio—. Ya lo has intentado antes y nadie te escucha, loca de mierda. ¿Ya te has tomado la medicación?

—Déjame en paz.

—Solo soy otra alucinación más de tu cabecita enferma…

Su risa recorrió cada esquina de esta habitación. Me sentí enferma y mareada. Cuando me soltó, abracé de inmediato mis piernas y me balanceé en el suelo hacia delante y hacia atrás. Esa voz fantasmal se colaba por mis oídos, sabía que solo era mi mente intentando jugar conmigo. Respiré hondo y solté el aire. Repetí la acción, otra vez, otra más y otra y otra más… hasta que sentí que mi cabeza comenzaba a calmarse. Levanté la cabeza, percatándome de que estaba sola en la habitación de mi hermano. Cogí el móvil del suelo y me moví rápido hacia la puerta. Giré el pomo varias veces, pero no se abría. Aporreé la puerta y grité, nadie me escuchaba, nunca me escuchaban.

Me di la vuelta y recosté la espalda en la puerta. Sollocé. Estaba empezando a cansarme de Sterling y mi única opción era cortar contacto con mis padres y mi hermana. Los primeros me daban igual, pero ella… Simone no merecía que la abandonara. ¿Y si Sterling le hacía a ella lo mismo que a mí? No. Jamás podría dejarle a Simone esa carga.

Mis ojos se fijaron en la puerta abierta de la terraza, estaba en un segundo piso, sin embargo, saltar era mejor que quedarme aquí hasta que a ese psicópata le apeteciera venir a abrirme la puerta. Me dolían las putas rodillas por su culpa.

—¡Mierda! —bramé con rabia—. Ojalá algún día te pudras en el jodido infierno, Sterling.

Me dirigí a la puerta, salí a la pequeña terraza, cogí una silla y me puse de pie en ella para poder sentarme en el medio muro, me colgué de él y luego me solté, cayendo en el césped primero de pie y con todo el cuerpo después de lado. Solté un quejido, sentí como si los pies se me hubieran roto y las rodillas ya casi no las notaba, como si hubieran desaparecido de mi cuerpo. Con la respiración agitada por el dolor de caderas para abajo, me puse de pie y caminé cojeando hacia mi coche. Un pequeño Volkswagen Escarabajo que me compraron cuando tenía dieciséis años, porque yo no merecía un nuevo modelo como mi hermano, que se había graduado con honores en la secundaria y en la universidad.

Odiaba a mis padres y los necesitaba al mismo tiempo. Sin su dinero no podría seguir en la universidad. Pero en cuanto acabara… Simone… Entré en mi coche y grité de rabia. Permití que las lágrimas salieran de mis ojos mientras conducía marcha atrás para salir del aparcamiento de mis padres. Quería irme de aquí y no volver nunca, ojalá pudiera llevarme a mi hermana conmigo y no volver a ver nunca más a ninguno de ellos. Sterling era un hijo de puta, pero nuestros padres no eran mejores, pues permitían que él abusara de mí. Comenzó cuando era una niña, siempre golpeándome y gritándome, llamándome de formas que una niña nunca debería escuchar. Me limpié las lágrimas con el dorso de una mano, giré el volante a la derecha y bajé por la calle en dirección a la universidad.

En cuanto llegué a la casa de la hermandad, me encerré en mi habitación y saqué mi diario del cajón de la mesita de noche. Escribir en él era mi única forma de soltar todo lo que sentía de verdad. Después le contaría a Sabrina en pequeñas dosis lo que había pasado con el subnormal de mi hermano. Nunca

me atrevía a decirle la verdad a nadie, ya no, porque cuando lo intenté, no fui tomada en serio. Ahora me daba vergüenza contarlo. Me sentía culpable por todo, por no ser más valiente, por no gritar más alto, por no devolverle cada insulto y cada golpe. Las alucinaciones surgieron después de que empezara a callarme. Escuchaba y veía a Sterling incluso cuando no estaba cerca de mí. Me asustaba estar sola, quizás esa es la razón principal por la que siempre trato de dormir con Sabrina.

Mientras escribía, las lágrimas caían en las páginas que el bolígrafo marcaba con rabia. Me detuve en una, donde había algunas gotas de sangre seca y varias palabras escritas. Mi letra rayada de forma irregular. Palabras que se repetían una y otra vez.

«Quiero que me asfixien mientras me follan».

«Enferma».

«Quiero que me follen dormida».

«Enferma».

«Filias, filias, filias…».

Arranqué la página e hice una bola con ella, la lancé al otro lado de la habitación con un grito. Estaba enferma y Sterling tenía razón. Me tiré del pelo, desesperada por dejar de escuchar esa voz dentro de mí, la de él, llamándome enferma, diciéndome que nadie me querrá nunca estando tan rota. Pero él me rompió cuando apenas tenía seis años. Me encerró en su habitación y me golpeó hasta que dejé de moverme. Lo escuché llamar a nuestros padres a voces, creyendo que me había matado y casi lo logró. Aunque eso no lo asustó, él siguió y siguió, hasta que lo único que quedó de mí fue esta versión rota que tiene su voz constantemente en la cabeza.

Miro el diario una última vez, trazando las palabras y las manchas de sangre seca con mis dedos, con tanta delicadeza… como si temiera que se fueran a desvanecer con un solo roce. Lo cierro y lo guardo en su lugar. Luego me levanto y me acerco a mi cómoda para tomarme la medicación que mi psiquiatra me recetó, la que llevo tomando desde niña para mis alucinaciones…

—Conejita…

Me giro abruptamente hacia la voz fantasmal detrás de mí, pero no hay nadie. Rápidamente, me tomo las dos pastillas y me las trago sin agua, deseando que la Risperidona y el antidepresivo comiencen a hacer efecto lo antes posible y esas voces se callen. Aunque esa voz… no era la de Sterling. Mi mente está hecha un caos y no soy capaz de pensar con claridad. ¿De quién era esa voz? Sonaba doble, como si fueran dos voces al mismo tiempo. Apoyo el culo contra la cómoda, mirando hacia la nada, espero pacientemente hasta que mi mente se apaga. Cuando eso pasa, decido salir de mi habitación e ir a comer. Pero algo me detiene antes de abrir la puerta.

Mi ceño se frunce al tiempo que mi cabeza gira hacia la librería de mi derecha. Hay algo diferente entre los libros. Títulos tan oscuros como las historias que albergan sus páginas. Mis gustos por la lectura son caóticos. Disfruto tanto leyendo historias donde la oscuridad y la pasión se entrelazan, donde las filias no son criticadas y las mujeres disfrutan de su sexualidad. Historias donde los hombres están dispuestos a cumplirles los deseos más oscuros, sin importar cuán depravadas sean.

Entrecerré los ojos hacia uno de los libros, una historia de romance oscuro donde la protagonista no se decide por ninguno de los dos hombres que la quieren y termina con los dos. Lo saqué de… El libro se me cayó al suelo al notar algo pegajoso en la cubierta. Miré mis manos, mis dedos manchados de blanco, de la misma sustancia pegajosa y tibia, brillante bajo la luz del techo. Olfateé mis dedos, un olor intenso y penetrante, ya lo había olido antes. Mis ojos se abrieron ante la comprensión. Me negué a creerlo, pero no podía ser otra cosa.

—Hijos de puta —gruñí—. ¿Cómo han podido entrar en mi habitación los Alpha Sigma?

Iban a rodar cabezas si alguna de mis compañeras se había atrevido a dejar pasar a esos imbéciles pretenciosos. Pondría el grito en el cielo, las bromas se estaban saliendo de control. Mis ojos se fijaron en una nota que se escapó de entre las páginas del libro en el suelo. Me agaché y la cogí con la mano que tenía limpia.

Eres nuestra y pronto te darás cuenta, Conejita. Puedes huir y correr, nosotros te atraparemos y te daremos todo lo que deseas.

Mi corazón se aceleró a un ritmo casi doloroso, pero el pulso que surgía entre mis piernas… ese sí que dolía de verdad. Comencé a acolarme, a sentirme necesitada. Quería tumbarme en mi cama, abrir las piernas y dejarme llevar por mis pensamientos. Exhalé un suspiro tembloroso. No tenía tiempo para eso, tenía que bajar a cenar y Sabrina podía llegar en cualquier momento.

Capítulo cuatro



Alaric

—¿Sigue sin responder? —le pregunté a mi hermano, y, aunque no me respondió, sabía que ella no lo había hecho porque él apretó la mandíbula.

Le enviamos un mensaje a nuestra Conejita hace más de ocho horas y no habíamos tenido ninguna respuesta como la primera vez. Vaughn estaba enfadado y desesperado, quería enviarle más mensajes, pero lo tuve que detener. Es ella quien debería arrastrarse por nosotros y no al revés, lograríamos que dependiera de nosotros.

Vaughn se inclinó hacia delante, apoyando los codos en sus rodillas mientras miró fijamente la pantalla del móvil. Llevaba así desde que envió los mensajes y estaba más molesto porque éramos conscientes de que los ha leído. ¿Qué era eso tan importante que tenía que hacer como para no responder? Mi hermano se puso de pie.

—Vamos —dijo.

—¿Adónde?

—A averiguar por qué coño no responde.

Seguí a mi hermano a nuestro coche, el que también compartíamos. Desde que nacimos, todo había sido de los dos. Mi hermano conducía fuera de la mansión de nuestros padres, una enorme casa en Marblehead, cerca de la de nuestro tío y nuestro abuelo. La calma de mi hermano mientras apretaba el volante con los dedos hasta que los nudillos se le pusieron blancos podría asustar a cualquiera. Por su mente debían correr mil escenarios diferentes en los que quería castigar a nuestra Conejita. Por la mía solo pasaba uno y era correrme encima de ella, quería mancharla con mi semen, igual que hice con ese libro suyo.

Joder, sabía que teníamos que fisgonear por su habitación, pues encontramos cosas verdaderamente significativas. Leí su diario, el que encontré en la mesita de noche de esa habitación tan pequeña. Los ojos de Vaughn destellaron de emoción cuando le leí que a nuestra Conejita le encantaría ser follada mientras duerme o ser follada y asfixiada al mismo tiempo. Vaughn y yo nunca tuvimos gustos peculiares y pocas mujeres cedieron a ellos.

Observé a mi hermano de reojo, viendo la furia contenida, marcándole la cara. Era la primera vez que alguien nos ignoraba, sobre todo una mujer y una que nos interesaba demasiado por su jodida valentía para provocarnos en mitad de la clase. Nuestra Conejita tenía que aprender que su silencio no era más que un grito para nosotros, un grito que pedía castigo. Las luces del coche que venía de frente a gran velocidad me deslumbraron. Vaughn frunció el ceño y dio un giro brusco en mitad de la carretera. Me agarré como pude al salpicadero, aunque choqué de costado contra la puerta.

—¡¿Qué coño haces?! —gruñí.

—Era su coche.

¿Qué? Era casi media noche. Mi hermano la siguió por la oscura carretera, hasta que se detuvo delante de una casa de aspecto colonial. Las ventanas estaban a oscuras, excepto una en la planta baja. Vaughn salió del coche y yo hice lo mismo, nos escondimos detrás de un árbol desde donde teníamos una vista perfecta de la entrada de la casa. Ella llamó a la puerta con suavidad y luego miró a su alrededor, como si no quisiera que nadie la viera ahí. Un hombre alto y de hombros anchos abrió y le sonrió.

—Pasa —le dijo a ella—, ¿todo bien?

—No lo sé… pero te necesito.

Las voces se perdieron dentro de la casa. Agarré a mi hermano por los hombros cuando dio un paso adelante.

—Suéltame —espetó.

—Vaughn, no podemos asustarla tan pronto. —Rodeé su pecho con un brazo y pegué su espalda a mi cuerpo—. Hermano, déjala que disfrute de sus últimos días de libertad —le susurré.

Su pecho subía y bajaba con violencia, fruto de la ira que corría por su cuerpo. A mi hermano no le gustaba que tocaran lo que consideraba suyo; en ese aspecto, yo era más indulgente. No me importaba que ella se acostara con otro… una última vez. A partir de mañana, no permitiría que ningún otro hombre se le acercara. Esbocé una sonrisa.

—Vamos, hermano, se me acaba de ocurrir algo.

—¿Sangre?

—Mucha…



Me había despertado antes que mi hermano a la mañana siguiente. A Vaughn le costó dormir anoche, no dejaba de pensar en nuestra Conejita y en lo que estaría haciendo con ese imbécil de sonrisa impecable. En cuanto puse un pie fuera de la cama, comenzó mi búsqueda. Entré en la web de registros de la Orden y de la Casa Umbra e introduje la dirección de la casa de ese hombre en el buscador. Apareció en ambos registros. Donovan Summer había pertenecido a la Casa Umbra —por eso se me hacía familiar su cara— en sus dos últimos años de universidad, desde que se fundó hasta que le tocó graduarse. Gracias a sus padres, había escalado fácilmente a la Orden Dorada y su negocio de construcción había fructificado con éxito. Se había encargado de todas las remodelaciones que mi abuelo quiso hacer en la Mansión.

Le conté todo esto a Vaughn cuando se despertó —de mal humor— y sonrió. Supe en ese momento que se le había ocurrido lo mismo que a mí. Iríamos a por Donovan Summer hoy mismo. Le dejaríamos claro que tocó a

quien no debía y no nos importaba que no supiera que ella nos pertenecía, simplemente no debería haberla tocado nunca.

Vaughn desayunó feliz por primera vez en… Nunca lo había visto así de buena mañana. Hasta nuestros padres se sorprendieron y le preguntaron si se encontraba bien o tenían que llamar al médico de la familia para que le hiciera una visita. Mi gemelo se levantó de la silla y levantó a nuestra madre del suelo para bailar con ella. Cosa que tampoco había hecho jamás. Era espeluznante ver a Vaughn sonriendo; en vez de dar calidez, daba miedo. Nuestro padre lo señaló como broma y… milagrosamente, Vaughn se lo tomó bien. Estaba loco y la Conejita lo había puesto peor. Después de desayunar, nos dirigimos a la universidad y pasamos allí toda la mañana, deseando que el tiempo pasara más rápido y poder encargarnos de nuestros asuntos.

Cuando el último timbre sonó… Joder, nos había costado muchísimo no levantar la vista y mirar a nuestra Conejita, pero teníamos que ignorarla por ahora. No queríamos que sospechara de nosotros antes de tiempo, antes de que llegara esta noche. Teníamos planes para los tres y cumpliríamos uno de sus sueños. Nos acercamos a nuestro tío, que estaba recogiendo sus cosas de la mesa.

—¿Qué queréis? —preguntó cuando nos sintió cerca.

—¿Tienes planes para esta noche? —respondí.

—¿Por qué?

—Necesitamos que nos quites de encima a la rubia —dijo Vaughn.

Los ojos de mi tío se entrecerraron, escudriñándonos con tanta atención que mis vellos se pusieron de punta.

—¿Queréis que la mantenga ocupada? —Mi gemelo y yo asentimos al mismo tiempo—. Bien, decidme la hora…

—A las cuatro en punto, cuando todas las chicas de la hermandad se hayan ido a dormir —contesté—. Nosotros nos encargamos de Astrid.

Mi tío nos observó con sospecha.

—¿Qué vais a hacer hasta las cuatro de la madrugada?

Mi hermano y yo nos miramos y sonreímos al mismo tiempo. Nuestros planes incluían mucha sangre y gritos en el sótano de la Casa. Mi tío se rio y

negó con la cabeza cuando le contamos todo lo que mi hermano y yo haríamos y lo… ocupados que estaríamos hasta que llegara la hora de darle una pequeña lección a nuestra Conejita.

Pasamos las siguientes horas perfeccionando todos nuestros movimientos. Lo primero que teníamos que hacer era ir a por Donovan y así lo hicimos. Cuando el sol estaba cayendo, nos dirigíamos hacia su casa. Vaughn aparcó el coche en la misma puerta. Chad se había encargado de desactivar los sistemas de seguridad de la casa de Donovan y de sus vecinos. Esperamos dentro del coche a que toda la calle estuviera completamente a oscuras, luego salimos y nos pusimos nuestras máscaras, tan oscuras como la noche, a excepción de las equis en los ojos, que brillaban como el neón de un prostíbulo.

Vaughn me miró por encima de su hombro.

—¿Lo tienes todo? —preguntó, su voz amortiguada por la máscara.

Le enseñé el saco y las cuerdas, él llevaba la jeringuilla con el sedante con el que transportaríamos a Donovan al sótano… Me detuve abruptamente.

—¿Qué pasa? —preguntó mi hermano.

—¿Por qué tenemos que llevarlo al sótano?

—Porque se te ocurrió a ti.

—Se me ha ocurrido otra cosa. —Casi podía ver a mi hermano entrecerrar los ojos detrás de la máscara—. Tenemos que hacerlo aquí, en su casa. Esta casa es su hogar, un lugar seguro, no quiero que se sienta seguro en ningún lado, hermano. Quiero que cada vez que tiemble de miedo se acuerde de nosotros.

—Tendríamos el control absoluto sobre él y su mente.

—Exacto, hermano.

Saqué mi machete de mi espalda, sonriendo, aunque mi hermano no pudiera verme. Sabía que él también tenía la misma sonrisa, un reflejo de la mía. Vaughn asintió. Regresó al coche y volvió en menos de un suspiro con el kit de emergencias que siempre llevábamos encima. Un maravilloso kit de tortura que nuestro padre nos había regalado la Navidad pasada. No necesitábamos más. Esta noche se convertiría en una auténtica pesadilla para Donovan Summer.

Me asomé por la ventana del salón, la única que tenía una tenue luz. Se encontraba solo, revisando documentos con la tele encendida de fondo. No nos oyó cuando abrimos la puerta principal con la copia de una llave que le habíamos robado a nuestro abuelo de su oficina en la Mansión. Tampoco escuchó nuestros pasos haciendo crujir la madera del suelo. Vaughn se fue por la derecha del sofá y yo por la izquierda. Dividimos nuestros caminos para no darle la opción de poder escapar. Cuando levantó la vista, era demasiado tarde. Sus ojos, del color del cielo despejado, se abrieron con una incredulidad que se convirtió en puro terror en milisegundos.

—¿Qué coño…? —logró balbucear antes de que Vaughn le rodeara el cuello con una de las cuerdas y tirara de él hacia atrás.

El aire salió de sus pulmones con un sonido húmedo y mi hermano subió una rodilla al brazo del sofá. Me acerqué a él, que comenzó a patalear y a tratar de quitarse la cuerda del cuello, pero mi hermano era más fuerte. Me puse a horcajadas sobre la cintura de Donovan y solté una risa oscura.

—Parece que has tocado algo que nos pertenece —susurré.

—No sé de qué hablas —jadeó con dificultad.

—La Conejita es nuestra, Summer, y tú la has tocado.

Agarré su dedo corazón y lo torcí hacia atrás hasta que el hueso sonó. Vaughn le cubrió la boca con una mano, sofocando su grito, mientras que la otra tiraba de la cuerda, ahorcándolo. Saqué del bolsillo delantero derecho de mi vaquero una pequeña navaja mariposa y con un movimiento rápido descubrí la hoja brillante. El miedo en los ojos de Donovan se hizo más fuerte. Solo le di un pequeñísimo corte en la mejilla, por encima de los dedos apretados de mi gemelo. Arrastré la hoja, sin cortarle la piel, hacia arriba. Vaughn dobló la espalda hasta que su cara estuvo a unos pocos centímetros de la suya.

—Astrid Langford es nuestra —gruñó.

Capítulo cinco



Vaughn

Le até las cuerdas por encima de los brazos, dejándolo completamente quieto. Tenía lágrimas en los ojos. La lucha había sido breve y patética. Era pura imagen de tipo fuerte, pero débil en realidad. Alaric le había roto los dedos… los diez de las manos, luego les había hecho cortes en todas las yemas y las había desprendido de los dedos. Este cabrón no volvería a sentir el tacto en ellos. Y yo mismo me encargaría de que no volviera a sentir en otras partes de su cuerpo.

No perdí el tiempo con preguntas. El machete de mi hermano se convirtió en una extensión de mi brazo. El primer impacto contra la pequeña polla de Donovan sonó a una carnicería en hora punta. Donovan gritó, un sonido agudo que se apagó en un quejido cuando el segundo golpe llegó y me llevé por delante sus huevos. No era solo castigo; era una deconstrucción. Alaric estaba metódicamente desmantelando su cuerpo con pequeños cortes en sus muslos y rodillas. Le estábamos quitando su dignidad, su sensación de seguridad en su propio hogar.

Me acerqué, agachándome frente a él con las manos en mis rodillas. Sus ojos, tan alegres horas antes, estaban ahora manchados de sudor y de sangre salpicada.

—Ella no es para ti —dije con voz tranquila, casi amigable—. Nunca lo fue. Eres un error de su vida que estamos corrigiendo.

—No… no sabía… —Tragó saliva con dificultad—. Por favor…

—Esa es la parte que menos nos importa de todo esto. —Sonreí, un gesto frío que no llegó a mis ojos—. Que no lo supieras, que fueras tan estúpido como para ponerle las manos encima a algo que claramente estaba por encima de tu categoría, nos da exactamente igual.

Alaric le hundió la navaja en el hombro y Donovan chilló, así que le tapé la boca con mi mano. El olor a orina se unió al de la sangre. Mi hermano respiraba con fuerza, no por el esfuerzo, sino por la adrenalina que su cuerpo acumulaba. Temblé de felicidad. Me encantaba ver a mi hermano tan desatado, sus ojos brillaban con una luz que solo había visto en las cacerías de la Orden.

Incliné la cabeza a un lado, mirando a Donovan. Lo habíamos dejado inconsciente después de un par de horas torturándole. No servía de nada matarlo, no queríamos eso. El mensaje era más claro si vivía para recordarlo. Cada vez que cogiera algo, que se mirase al espejo, que intentara tener una erección… observé su pene en el suelo, se acordaría de nosotros y de que nunca debió tocar a Astrid. Seguí a mi hermano a la cocina, donde nos lavamos las manos en silencio. La sangre de Donovan se diluyó y serpenteó por el sumidero del fregadero.

Eran casi las cuatro de la madrugada y teníamos que irnos. Le envié un mensaje a mi tío para que enviara a alguien de la Orden a la casa de Donovan y se lo llevara al hospital. Después nos fuimos y llegamos al mismo tiempo que nuestro tío a la casa de la hermandad de Astrid y Sabrina. Mi tío fue el primero en entrar dentro, la presidenta nos dedicó una sonrisa coqueta.

—Para lo que queréis, os sirvo yo… —Me detuve delante de ella y se calló de inmediato.

—Eres demasiado puta para nosotros.

Mi hermano y mi tío se rieron. Subimos las escaleras y giramos a la derecha, por donde la presidenta nos dijo que estaba la habitación de Sabrina. Astrid y ella estaban durmiendo juntas. El silencio nos envolvía como la niebla en una mañana fría. Mi tío agarró el pomo y lo giró, la puerta se abrió. Alaric entró detrás de nuestro tío y no tardó en salir con Astrid en sus brazos,

completamente dormida y desnuda, apenas cubierta por sus bragas rosas chicle. Apreté la mandíbula y maldije en silencio. Joder.

—Llévanos a su habitación —le ordené a la presidenta con los dientes apretados.

Conocíamos el camino, pero necesitaba hacer algo antes de que Alaric y yo nos quedáramos a solas con nuestra Conejita. La zorra nos llevó por el pasillo contrario de la casa, lejos de todas las habitaciones, un pasillo oscuro y frío, como si no perteneciera realmente a la casa. Puse una mano en el hombro de la presidenta, deteniéndola en el acto. Una corriente fría y afilada cortaba el ambiente, salía de mí.

—¿Por qué ella tiene su habitación tan alejada de las otras? —le pregunté.

La zorra se encogió de hombros, como si no quisiera darle mucha importancia al hecho de que la habitación de Astrid estuviera aislada.

—No había más, entró a la fuerza en esta hermandad y se le asignó la única habitación libre que había —me explicó.

Envolví su garganta con mi mano, apretando hasta que su boca se abrió y comenzó a luchar por tomar aire. Me acerqué a un palmo de su cara.

—Por lo que sé, tú tienes dos putas habitaciones, te sobra una.

—Es… es… para mi ropa… —jadeaba sin aliento.

—Puedo darte algunas ideas de lo que puedes hacer con tu jodida ropa, zorra de mierda.

—Vaughn, no tenemos tiempo para esto, nos ocuparemos por la mañana —intervino mi hermano.

Tenía razón, pero yo quería sangre, la sangre de esta zorra egoísta. En un abrir y cerrar de ojos saqué la pequeña navaja de mi bolsillo y le corté en el antebrazo profundamente mientras le cubría la boca con una mano. Iba a acordarse de mí cada vez que bajara la vista o quisiera usar manga corta, la cicatriz le acompañaría toda la vida.

—No hagas ruido —gruñí, y ella asintió—. Ve a la casa de los Alpha Sigma, Chad sabrá qué hacer con la herida.

Aparté la mano de su boca. La zorra desapareció de mi vista como una ráfaga de viento. Abrí la puerta de la habitación de Astrid. Odiaba este pequeño espacio desde la primera vez que me colé aquí. A ella no le gustaba pasar tiempo en este lugar y lo entendía. Era pequeño, como una lata de sardinas, apenas cabía una cama pequeña y un armario indigno de ella. La miré por encima de mi hombro, tan dormida en los brazos de mi hermano. Astrid era una reina y merecía más que esto. Alaric pasó por mi izquierda y la dejó en la cama.

—Desnúdala, hermano, tengo algo que hacer primero —dije.

Me acerqué a su mesita de noche y saqué el diario, una pequeña libreta que ni siquiera un diario de verdad. Joder. Ella aparentaba otra cosa, parecía una chica más de esta jodida hermandad, una caprichosa que usaba la tarjeta de crédito de papá de forma indiscriminada. Y lo hacía, se compraba ropa para estar a la última, pero no la usaba para otras cosas más personales, solo para lo que la gente pudiera ver. Abrí el diario página por página, sin detenerme a leer porque no podía hacerlo ahora, pero le hice fotos para poder hacerlo más tarde. Luego lo dejé en su sitio.

Giré la cabeza hacia Astrid cuando la noté moverse. Sus ojos se abrieron de repente. Dio un salto de la cama, pero Alaric fue más rápido, la devolvió a su lugar y se puso a horcajadas sobre sus muslos, atrapándola. Me levanté lentamente, mirando a los ojos asustados de mi Conejita. Me acerqué a la cama, Alaric se quedó quieto, tanto como ella, que me seguía con la mirada. Mis dedos recorrieron su cuello, tan bonito, tan perfecto, tan suave… Bajé hasta el valle entre sus pequeños pechos. Astrid era así, pequeñita y preciosa, se veía tan vulnerable y tan fuerte al mismo tiempo. Me acuclillé al mismo tiempo que mi hermano se inclinaba hacia su cara.

—Conejita… —susurré tras la máscara—. Eres una provocadora…

Sus cejas se juntaron en el centro de su frente, como si intentara averiguar quién le hablaba, quizás ya lo había hecho, no estaba seguro y ojalá pudiera ver dentro de su cabecita, saber en qué pensaba a cada instante. Miré a mi hermano y le asentí. Sacó un trozo de tela de su bolsillo vaquero y le cubrió los ojos a nuestra Conejita. No necesitaba ver lo que íbamos a hacerle, solo… sentir.

Alaric le ató también las muñecas al cabecero de la cama. Joder. Iba a arreglar esto, ella merecía tener una habitación bonita y grande para sus cosas,

merecía un vestidor donde cupiera toda su ropa. Aquí apenas cabía un alfiler. Sacudí esos pensamientos de mi mente y me concentré en la mujer que se retorcía en la cama. Le daríamos todo lo que ella merecía y quería. Tras desabrocharme el pantalón y sacar mi polla, me incliné sobre Astrid, inhalando su aroma a inocencia, a provocación.

Deslicé mi pulgar por sus labios. No gritaba y sus pezones estaban duros. Aunque forcejeó, un movimiento débil y aletargado, ella quería esto y su intento de parecer… pura, un angelito, me hizo reír.

—Shh, Conejita —murmuró mi hermano, su voz rozando su oído por el otro lado de la cama—. Hacemos esto porque no respondiste a nuestros mensajes.

La llamamos esta tarde, una pequeña advertencia de lo que pasaría esta noche, pero se asustó o lo fingió, no lo sabía. La boca de mi hermano se pegó al cuello esbelto de nuestra Conejita, la hizo jadear. Los labios de Alaric humedecían la piel oscura de ella a medida que iba descendiendo hacia su pecho derecho. Mi hermano se concentró en el pezón mientras que yo bajé la mano a su coño, tenía las jodidas bragas mojadas. Le gustaba esto, joder. Aparté la máscara de mi cara, como había hecho Alaric, y la dejé en la mesita de noche. También me deshice de sus bragas y las dejé en el suelo, el aroma dulce de su coño comenzó a llenar la habitación, no tenía ni un solo pelo y me dio un hambre voraz. Me coloqué entre sus piernas, abriéndolas con mis anchos hombros, mis dedos aferrados a sus carnosos muslos, como si mi vida dependiera de ellos. Eché un último vistazo a mi hermano, que estaba muy entretenido con los pechos de Astrid mientras el vientre de ella subía y baja con rapidez, y después me sumergí en la dulzura de su coño.

Recorrí con mi lengua su raja húmeda, no queríamos follarla esta noche, Alaric y yo queríamos algo especial para nuestra primera vez con nuestra Conejita. Pero sí nos correríamos encima de su coño, en su cuerpo. La tonta lucha de Astrid se volvió más feroz, pero inútil. Éramos demasiado fuertes, demasiado determinados. Le comí el coño con violencia, sin hacerle daño, ella jamás sería dañada por nosotros. Moví mis caderas contra el colchón, necesitaba algo de alivio. Alaric se puso a horcajadas sobre ella y supe que se masturbaría con sus pechos. Me reí en el coño de mi Conejita y después metí dos dedos dentro de ella. Se me fueron los ojos hacia atrás al notar su estrechez, la calidez que emanaba de su interior y tan mojada que mis dedos entraban y salían sin dificultad.

Alaric movía las caderas en un vaivén constante, gimiendo con la cabeza inclinada hacia atrás.

—Te vamos a enseñar lo que pasa —dijo Alaric, su voz era un zumbido gutural—. A partir de ahora, cada vez que cierres los ojos, nos sentirás. Esto es tuyo. Nosotros somos tuyos.

Y entonces la poseyó y yo me dejé llevar por el sabor de su coño, devorándola como si fuera la mejor comida que había comido nunca y probablemente así era. Alaric se movía encima de ella, con una mano sobre la garganta de nuestra Conejita, dándole lo que ella quería. Podía notarlo en las contracciones de su coño, cómo se apretaba alrededor de mis dedos, cómo se corrió con violencia minutos después. Mi hermano se levantó, dejándola jadeante y flácida. Me lamí los dedos uno a uno, saboreando por última vez esta noche ese néctar tan adictivo como el mejor whisky.

Fue violento. Fue visceral. Fue la ejecución perfecta de una de las fantasías oscuras que había garabateado en su diario. Pero todavía no habíamos acabado. Alaric y yo necesitábamos marcar su cuerpo… su coño. Mi gemelo se puso de rodillas a mi lado entre las piernas de Astrid, que estaba obscenamente abierta para los dos. Envolví mi pene duro con mi mano y comencé a bombear con fuerza. Mis gemidos y los de mi hermano se mezclaron en el aire. No tardamos en llegar al orgasmo y pintar su piel de blanco, su coño salpicado con nuestro semen. Mis ojos se desviaron hacia la cara de Astrid cuando soltó un ligero suspiro. Mi hermano se rio.

—Se ha quedado dormida —musitó—. Es preciosa, joder.

—Lo es, hermano.

Y era toda nuestra. La cuidaríamos, la protegeríamos de cualquiera que tratara de hacerle daño y, sobre todo, le cumpliríamos todos y cada uno de sus caprichos.

Nuestra Conejita era una reina y así la trataríamos.

Capítulo seis



Astrid

Acababa de salir de la cita con mi psicóloga, a la que había visitado tras la consulta con el psiquiatra esta mañana temprano. Cuando me desperté, tenía una sensación extraña, otra vez como si lo que pasó hacía varias noches fuera real y no producto de mi mente. Ambos me aseguraron de que solo había sido mi imaginación. A la psicóloga le conté todo lo que había sucedido con pelos y señales, desde que me desperté en mi habitación, aun cuando me quedé dormida en la cama de Sabrina, hasta que aparecí de nuevo en la cama de ella.

Estaba muy confundida, una parte de mí me decía que todo eso había pasado de verdad, pero la otra parte me decía que solo era mi trastorno. Me habían diagnosticado TEPT-C a los siete años, mucho tiempo después de lo que Sterling me hizo. Debido a que el jodido abuso seguía, no había ninguna mejora conmigo. Mi psicóloga me había aconsejado alejarme de todos ellos, pero no era tan fácil. Necesitaba el dinero de mi familia para acabar con mis estudios y… Suspiré, mi hermana pequeña aún me ataba a nuestra familia, no podía desaparecer y dejarla sola.

Apreté el volante con fuerza, hasta que dolió, hasta que mis nudillos se pusieron tan blancos como la nieve, hasta que dejé de respirar y los pulmones comenzaron a arder. Solté el aire con una larga exhalación. De repente sentí el

frío de una mano fantasmal posarse en mi hombro, me giré bruscamente en el asiento del coche, mirando hacia atrás y allí… no había nadie. Pero la voz de Sterling llamándome zorra enferma empezaba a colarse por mis oídos. Busqué a mi hermano en el exterior, dentro de mi coche estaba segura, ¿verdad? Comprobé que el seguro estuviera puesto, luego que ninguna ventanilla se encontrara bajada ni un solo milímetro.

La impotencia me reventó el pecho y solté un grito que me arrancó la garganta. Golpeé el volante, rabiosa, furiosa por no poder expulsarlo de mi cabeza, por seguir viéndolo, escuchándolo, aunque no estuviera allí. Odiaba a Sterling con todas mis fuerzas, por haberme roto de esta forma, por todas las palizas que me dio cuando le apetecía, por encerrarme en cualquier lugar solo por diversión. Los recuerdos me atropellaron, uno tras otro, sin misericordia. Recordé cuando entró en mi habitación de noche y envolvió mi cuello con un cinturón de nuestro padre mientras me daba puñetazos en la cara. Yo apenas tenía ocho años y a él no le importó.

No podía respirar, sentía ese cinturón que tantas pesadillas me causó alrededor de mi garganta, ahogándome, dejándome sin aire. Salí de mi coche trastabillando. Mis manos temblaban cuando caí al suelo de rodillas. Alguien me estaba llamando, era la voz de un… no, de dos hombres. Una mano grande y cálida se posó en mi mejilla. Arrastré los ojos lentamente por el cuerpo acuclillado delante de mí; había dos, exactamente iguales. Dos pares de ojos, azules como el océano, me observaban preocupados. Moví las manos, tenía algo de sangre por la grava que se había clavado en mis palmas al caer. Me aferré con una a uno de los hombres y con la otra al otro. Sentía las mejillas mojadas.

—Respira —murmuró uno, no sabía cuál. No lograba recordar sus nombres—. Cálmate, Astrid.

Un brazo pasó por debajo de mis piernas, el otro por mi espalda y me levantó del suelo… Me dolía el cerebro, así que me aferré al cuello del hombre que me llevaba en sus brazos y cerré los ojos. Hui del lugar. Me fui tan lejos como pude, allí donde era normal, donde Sterling no existía y donde mi mente estaba en paz. Floté por el aire, tocando las nubes. Sentí la calidez del sol acariciando mi piel y calentándola. Y entonces caí en picado hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo… A ese lugar oscuro donde mis fantasías se cumplían, donde nada importaba más que el placer y disfrutar. Quería eso…

Los vi a ellos, a esos hombres con los que me había obsesionado irremediablemente. Los gemelos Stone me sonreían de forma traviesa, como si ellos supieran algo y yo no. Miré mis manos, que ya no temblaban. Eché un vistazo a mi alrededor y me di cuenta de que estaba en mi habitación con ellos dos. Jadeé al ver esas máscaras, las mismas que las de esa noche.

—Tranquila, Conejita —susurró el de la máscara con las equis rojas.

—Solo queremos complacerte —dijo el de las equis azules—. Poseerte y ser dueños de tu placer.

Asentí sin saber por qué. Ellos dieron un paso adelante, solo uno y estaban sobre mí, desnudándome. Dejé que lo hicieran.

El mundo a mi alrededor seguía girando en un lento y mareante carrusel de sombras y luces tenues que se filtraban entre las cortinas gruesas. El tacto de las sábanas de seda negra bajo mi cuerpo era a la vez una caricia y un recordatorio de que ya no estaba en mi coche, ni en el aparcamiento, y que no me importaba dónde me encontraba, porque era feliz aquí.

Mientras mi piel era adorada por un par de labios descubiertos ligeramente bajo las máscaras, escudriñé la enorme habitación. Un lugar perfecto lleno de lujos y oscuridad. Las paredes, de un negro aterciopelado, absorbían la poca luz que las cortinas dejaban pasar. Los muebles, de líneas minimalistas y ébano inmaculado, se fundían con la penumbra. No había un solo color que no fuera una variación de la noche. Mis ojos fueron cubiertos con una tela de satén negro, apenas podía ver el par de figuras que se movía al unísono, casi como un reflejo el uno del otro, pero había que observarlos bien para apreciar las pequeñas diferencias. Como la sonrisa de uno, algo ladeada, y la seriedad del otro, más fría.

Mis captores. Mis dueños en esta fantasía que mi mente enferma anhelaba con desesperación y a la que había acudido para escapar de mi realidad.

Todavía sentía un poco de pánico, un leve temblor en la punta de los dedos, pero cada vez era más lejano, ahogado por una neblina pesada y sedante que nublaba mis pensamientos. Sentía como si me hubieran drogado y sabía que no era cierto, que solo era yo misma agotada por todo lo que ocurría en mi vida. Por eso no luché. No quise. Asentí de nuevo, un movimiento lento y deliberado de mi cabeza contra la almohada de seda.

Ellos me observaban, podía sentirlo en los huesos. En cada respiración entrecortada que salía de mí y en lo pesada que eran sus exhalaciones. Mi espalda se arqueó cuando sentí la mano que envolvió mi garganta. Estaba expuesta y vulnerable y el aire fresco de la habitación rozó mis pezones endurecidos y la cara interna de mis muslos. Un estremecimiento me recorrió.

Quería gritar sus nombres, pero estos huían de mí como yo de mi realidad. Uno de los dos apoyó una rodilla en la cama, el peso del colchón hundiéndose a mi lado. La mano, esa que se había envuelto en mi garganta, ahora se cerraba con suave firmeza.

—Shh, Conejita. —Su voz era un murmullo, un susurro que vibraba directamente en mi cabeza—. Nosotros te cuidaremos.

Apretó los dedos a mi alrededor, solo un poco. Lo suficiente para que la presión se acumulara detrás de mis ojos, para que un poco de oxígeno me golpeara en el centro de todo mi ser. Mis pulmones se expandieron, buscando aire que ya no llegaba con la misma facilidad. Tenía que reconocer que adoraba este juego peligroso de ser tomada en el limbo de la consciencia y la inconsciencia. Y yo estaba aquí, atrapada en este lugar, flotando en un estado de plácida indefensión.

Mis párpados se cerraron por completo bajo el suave satén. La oscuridad detrás de ellos era más profunda, más significativa. Me abandoné a las sensaciones que me provocaban sus manos y sus bocas sobre mí. La asfixia lenta, controlada, era un éxtasis paralizante. Borraba todo: las palabras de la psicóloga, el fantasma de Sterling, el miedo. Solo existía el ahora, *ellos*. Solo existía la presión de esos dedos y el ardiente vacío en mis pulmones que se convertía en un placer punzante.

A través de la niebla, sentí que el otro par de manos me abría las piernas, provocando que la ligera corriente fría me hiciera temblar. Una boca encontró un pezón y se cerró alrededor con una succión hambrienta. Me mordí el labio inferior, gimiendo. Un sonido ahogado y ronco que ni siquiera sonó como mío. La falta de aire intensificaba cada sensación de mi cuerpo. Cada roce era una descarga eléctrica, cada lamida, una caricia que deseaba y anhelaba cuando la perdía.

La mano en mi garganta se aflojó un instante, permitiendo que una bocanada de aire me llenara los pulmones ardientes, solo para volver a apretar más fuerte esta vez. Mi espalda se arqueó involuntariamente, buscando más

aire, más placer, más de todo lo que podían darme. Las lágrimas rodaban por mis sienes, mojando el satén negro. No eran de angustia, sino de liberación. El que me ahogaba se inclinó, su aliento caliente acarició mi oído.

—Es real, Astrid —murmuró, y su voz era la tentación hecha sonido—. Nosotros somos reales. Este placer es real. Olvida el resto.

Quería creerle. Deseaba con cada fibra de mi ser que esta fuera la realidad, que mi mente no me estuviera traicionando otra vez, sino entregándome al único consuelo que podía tener.

Sentí que el otro hombre se posicionaba entre mis piernas, que cedieron ante el más mínimo empuje de sus manos. Yo estaba abierta, ofrecida a ellos, a *él*. Sentí la punta de su erección, dura y urgente, pero no me penetró y quería que lo hiciera. Me mordí el labio, conteniendo el aliento que ya me era negado, esperando a que hiciera algo más que frotarse contra mí.

La mano en mi cuello apretó hasta el límite justo antes del dolor absoluto. Algo duro rozó mis labios, abrí la boca y me llenó de inmediato. Me sentía plena, comprendida, nadie me juzgaba. La felicidad estalló en estrellas blancas detrás de mis párpados cerrados. Y en ese preciso instante, noté cómo un fuerte orgasmo me atravesaba de pies a cabeza. Un grito mudo murió en mi garganta constreñida. Mi cuerpo se convulsionó, atrapado entre la asfixia y el roce de una polla dura y grande, entre el pánico y el éxtasis. Floté, suspendida en ese instante eterno donde el dolor se fundía con el placer.

Ellos me usaban, uno controlando el aire que entraba en mis pulmones y el otro mi cuerpo, mi placer. Y yo, en el fondo de mi mente rota, me rendía ante los dos. Porque aquí, en esta habitación negra y elegante, siendo follada por dos hombres enmascarados en un mar de oscuridad, era la única vez en que me sentía completamente viva.



Abrí los ojos cuando sentí una mano acariciando mi pelo. Era de día, casi de noche. Me encontré con los ojos llenos de lágrimas de mi mejor amiga. Suspiré.

—Vaughn y Alaric te encontraron en el aparcamiento del edificio de biología de la universidad.

Fruncí el ceño. ¿En el edificio de biología? Ni siquiera tenía clases ahí y tampoco sabía cómo había llegado a ese aparcamiento. Lo último que recuerdo es estar en mi coche parado en la consulta de mi psicóloga, gritando y maldiciendo. Me froté los ojos con los dedos y miré a Sabrina. Acaricié su mejilla con mis nudillos y ella se inclinó hacia mi toque.

—Creo que me estoy volviendo loca —murmuré.

Ella sonrió, mostrando una hilera de dientes blancos y perfectos.

—Ya lo estamos, conejita.

Se me escapó un jadeo. No era la primera vez que mi amiga me llamaba así, pero por alguna razón que desconocía, esta vez me sentí… mojada por ese apodo. Espera… Recordé de inmediato lo que mi mente había ignorado cuando abrí los ojos.

—¿Vaughn y Alaric me encontraron? —le pregunté a Sabrina.

—Sí. Dijeron que estabas muy mal y te trajeron aquí conmigo. He intentado ponerme en contacto con tus padres…

—No —la interrumpí—, ellos no te harán caso.

—Sí —suspiró—. Literalmente me dijeron que solo eras una dramática.

Puse los ojos en blanco y salí de la cama de mi amiga. Esa era la excusa que mis padres siempre ponían si alguien me veía mal.

—¿Qué está pasando, Astrid? —El dolor en la voz de Sabrina me cortó como un cuchillo afilado—. Quiero ayudarte, mis padres quieren hacerlo, pero no podemos si no sabemos qué tenemos que hacer.

Tragué grueso. Los padres de Sabrina me querían de verdad. Ellos sí eran buenas personas y buenos padres, unos que amaban a sus dos hijas por igual y no hacían distinciones, unos que las escuchaban cuando tenían problemas, que las protegían y las cuidaban. Me giré hacia mi amiga y abrí la boca, lo solté todo y pude ver cómo la ira, la frustración y el dolor se combinaban en su cara. Ya no podía callarme más, estaba cansada de los ataques, de las alucinaciones y, sobre todas las cosas, estaba cansada de Sterling. Deseaba con todo mi ser que

algo muy malo le pasara: una tortura, un asesinato, un accidente… cualquier cosa que se lo llevara de este mundo o que lo dejara en estado vegetativo.

Porque Sterling, mi hermano mayor, quien se suponía que debía protegerme, merecía la peor cara que el mundo tenía para ofrecer.

Capítulo siete



Alaric

Mi madre me sujetaba por los hombros mientras que mi abuelo hacía lo mismo con mi hermano. Intentaban —sin éxito— calmarnos, ya habíamos destrozado los muebles del salón, el sofá había quedado para tirarlo directamente a la basura, los jarrones caros de mi madre ya no servían ni para restaurarlos. Vaughn y yo queríamos sangre, específicamente la de un cabrón de mierda que todavía estaba respirando.

Mi madre puso una mano en mi mejilla. El aire salía a borbotones de mi boca, cargado de ira y saliva. Jamás me había sentido tan enfadado. Vaughn sí y el resultado de eso fue un derramamiento de sangre del que mi abuelo tuvo que hacerse cargo. Ocultó lo que pasó, pero algunos habitantes de Salem todavía recuerdan esa noche.

Dos años atrás, cuando cumplimos dieciocho años, mi hermano se había divertido con una chica cuando decidimos hacer un viaje antes de empezar en la universidad. A los hermanos mayores de ella no les hizo gracia y pensaron que podían vengarse y salir impunes. En el viaje a las Bahamas se vio manchado —literalmente— por la sangre de esos hombres. Pensaron que la mejor forma de vengarse era secuestrarme y darme una jodida paliza. Me reí de ellos cuando me tenían atado, cuando me comenzaron a pegar, cuando me

dejaron en el suelo medio inconsciente. Vaughn me encontró y fue a por ellos, uno a uno cayó, toda la familia lo hizo. Nuestro abuelo viajó hasta las Bahamas para hacerse cargo de todo.

—Mi vida, cálmate, por favor —suplicó mi madre—. Lo que sea que haya pasado, podemos solucionarlo.

—Quiero matarlo, mamá —gruñí entre dientes.

—Vale, vale. Lo entiendo, pero ¿a quién queréis matar tu hermano y tú?

La preocupación en su voz y en sus ojos me hicieron dar un paso atrás. Vaughn y yo éramos raros, pero nuestra madre siempre fue lo más importante en nuestras vidas. Ella era la única que siempre nos entendió, a pesar de ser… diferentes al resto de niños. Agarré a Vaughn por encima del codo y lo miré a los ojos, el fuego ardía con rabia en ellos y quizás era un reflejo de los míos en estos momentos, estaba seguro de eso.

—Necesitamos pensar en un plan, hermano —murmuré.

Mi abuelo se frotó la cara con una mano, la otra la mantenía en la cadera. Estaba enfadado, no necesitaba expresarlo con palabras, sus gestos ya lo decían todo. Vaughn y yo habíamos destrozado el salón de la casa de mis padres y él había tenido que dejar a un lado su trabajo y venir a ayudar a mi madre a controlarnos.

—Quiero una puta explicación y la quiero ya —exigió él.

—Se trata de Astrid Langford, abuelo —dije.

Comencé a contarle todo lo que había sucedido con ella desde que la vimos entrar en el aparcamiento del edificio de biología de la universidad dando volantazos a un lado y a otro. La escuchamos gritando dentro del coche y la vimos salir poco después sin aliento, como si alguien la estuviera estrangulando. Se aferró a mi hermano y a mí cuando nos agachamos frente a ella. Repetía un maldito nombre sin darse cuenta, sin quererlo. La expresión de mi abuelo se tornó confusa y molesta. A él no le gustaba que nadie tocara lo que era nuestro, de la familia Stone, y Astrid lo era desde que Vaughn y yo decidimos que la queríamos.

Mi abuelo sacó su teléfono y marcó en él. Lo observé dándole ordenes al Brazo, pero Vaughn le quitó el móvil antes de que pudiera decir una sola palabra más y colgó, negando con la cabeza.

—Queremos hacerlo nosotros, abuelo. —La voz sibilante de Vaughn me puso los pelos de la nuca de punta—. Ese bastardo es nuestro.

—Bien, como queráis. Pero no podéis volver a hacer algo como esto. —Señaló con las palmas hacia arriba el desastre del salón—. ¿Entendido?

—Sí —respondimos mi gemelo y yo al mismo tiempo.

Miré a mi madre con la barbilla baja, casi pegada a mi pecho.

—Lo sentimos, mamá. Mi hermano y yo arreglaremos este desastre.

Ella alzó la cabeza. Las mujeres en nuestra sociedad tenían un alto valor, sobre todo ella, que sería la próxima Gran Maestro en las sombras.

—Marchaos y arreglad este asunto, yo me encargo de reponer los muebles y jarrones rotos.

Mi hermano y yo asentimos. Le dimos un beso en la mejilla a nuestra madre y nos fuimos de allí directamente a la Casa. En cuanto entramos por la puerta, escuchamos las voces y el ajetreo. Mi hermano y yo nos dirigimos a la sala común con el ceño fruncido. Normalmente en la Casa Umbra había ruido, pero no discusiones. En la sala, Chad tenía a Prescott arrodillado ante sus pies, vociferándole cosas. Metí las manos en los bolsillos de mi pantalón vaquero al tiempo que una de las esclavas se acercó a mí para ofrecerme una bebida.

—¡Has cometido una jodida falta grave! —ladró Chad—. Conoces el castigo, Prescott.

Un esclavo le entregó a Chad el látigo de fuego, llamado así para hacer arder la piel. Otros dos esclavos se encargaron de quitarle la camiseta a Prescott y hacerla jirones, que soltaron en el suelo. Los ojos de Chad se posaron sobre nosotros e inmediatamente agachó la cabeza en señal de respeto y entrelazó las manos delante de él sin soltar el látigo.

—Dominus —dijo—. Summus.

Summus… Vaughn me había dado ese título dentro de la Casa Umbra y significaba supremo. Era su segundo, así que supuse que era apropiado. Vaughn era el Dominus, el Amo. Intentó convencerme de ser también un Dominus, pero yo no me sentía a gusto con ese título. Summus era más apropiado para mí: era el Summus Sacerdotum, el Supremo de los Sacerdotes de la Casa, el encargado de iniciar a los nuevos. Me gustaba mi papel en todo

esto, infligir esas torturas a los Iniciados y probar su valía. Hasta ahora, solo unos pocos —se podían contar con los dedos de una mano— cedieron a las Plegarias y se habían rendido.

—¿Por qué estás castigando a uno de mis Sacerdotes? —pregunté, luego di un sorbo al líquido ambarino de mi vaso.

—Falló, Summus.

—¿Y dónde está Carnifex para infligir el castigo? —intervino mi gemelo —. ¡¿Dónde coño está Alisa?!

Las esclavas no tardaron en huir y cerrar las puertas tras ellas. Cuando Vaughn gritaba no auguraba nada bueno y todos a su alrededor se escondían lo más lejos posible de él.

—En el sótano, Dominus —respondió Chad—. Encargándose de… —Cerró los ojos un segundo, resoplando—. Encargándose de Monique.

—¿Monique? —pregunté, dando un paso adelante.

Ella era nuestra Captadora, la que se encargaba de seducir a los esclavos y presentárselos a mi hermano, después, si a él le atraían los nuevos esclavos que ella había escogido, yo los iniciaba y si lograban llegar al final de las pruebas, eran seleccionados para servir en la Casa. Al terminar en la universidad, se les daba puestos de importancia en empresas que la Orden controlaba, se les daba un futuro.

Vaughn se acercó a Chad como un depredador.

—¿Qué ha hecho la dulce Monique? —siseó entre dientes.

Chad le echó un rápido vistazo a Prescott.

—Los gilipollas se han atrevido a hablar de la Casa con un forastero, Dominus.

Pude ver el cuerpo de mi gemelo temblar por la ira. Me acerqué a Chad y le arrebaté el látigo de la mano. Las tiras de cuero con pequeñas púas de metal resonaron en el aire cuando alcé la mano, el chasquido de las tiras chocando contra la espalda de Prescott hizo eco en cada esquina de la sala común. Su grito se ahogó en su garganta.

—¿Quién? —mascullé—. ¿Con quién han hablado?

—Según Monique, creyeron que estaban captando a un nuevo esclavo.

—¿Quién coño era? —Mi hermano estaba perdiendo la paciencia.

—Sterling Langford, Dominus.

Me reí. Ese imbécil no tenía ni idea de en dónde se estaba metiendo.

—Alisa y yo creemos que Langford solo está tratando de sacar información sobre la Casa —continuó Chad.

Me giré hacia ellos. El rostro de mi hermano estaba congelado en el tiempo, imperturbable. Yo sabía que estaba maquinando cosas en su cabecita de psicópata, sobre todo cuando una ligera media sonrisa apareció y se borró de inmediato. Le entregué a Chad el látigo.

—Que sufra —ordené.

—Sí, Summus.

Lo agarré por detrás del cuello y lo atraje hacia mí, clavando mi dedo índice en su pecho.

—Y que haga el Paseo de la Vergüenza en la Mansión con sus padres delante —murmuré con la voz ronca.

—Me encargaré de ellos, Summus.

—Bien. —Miré a mi gemelo, que parecía estar reaccionando—. Tenemos que advertir al abuelo de esto.

—Lo sé. Pero primero… —Una sonrisa lobuna floreció en su cara—. Quiero divertirme con Monique.

Divertirse… Sonreí. El significado de diversión para mi gemelo era muy diferente para el resto. La sangre de Monique iba a inundar el sótano hoy.

Capítulo ocho



Astrid

El padre de Sabrina había venido a verme, mi amiga le había contado lo que me pasó y el pobre hombre se había preocupado genuinamente por mí. Su esposa no pudo acompañarlo, pero le había entregado una tarta de chocolate —que ella misma había hecho— para mí. Me metí en la boca el tenedor con el último trozo, haciendo sonreír a Frederic. Tenía el corazón encogido y me costaba masticar. Dolía muchísimo que un hombre que no compartía sangre conmigo se preocupara más por mí que mis propios padres, pero así era la vida que me había tocado vivir.

Frederic se puso de pie y me dio un beso en la cabeza, hizo lo mismo con su hija y le advirtió que me cuidara o llamaría al monstruo de las cosquillas. Me hizo reír y mi humor pareció mejorar. Cuando me quedé a solas con mi amiga, me lancé a sus brazos.

—Te quiero —le dije.

—Y yo a ti, mi conejita.

Me tomé la medicación y me metí bajo las mantas gruesas de la cama de mi amiga y ella hizo lo mismo, luego pasó un brazo por mi cintura y me

abrazó. Cerré los ojos y me concentré en la respiración de Sabrina. Caí abajo, abajo, abajo por ese pozo oscuro, donde nada dolía. La calidez me envolvió y la paz me abrazó como si fuéramos mejores amigas. La acepté con gusto. De repente, en mitad de la oscuridad apareció una luz roja… unas equis. Era él, ese hombre con el que ya había soñado. Otras dos equis, esta vez azules, aparecieron a su lado entre la penumbra.

Me removí un poco, percatándome de que ya no me encontraba en la habitación de Sabrina. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral y ahí me di cuenta de que esto podría ser real, que no era una alucinación de mi mente fracturada. Algo dentro de mí, una vocecita chillona e histérica que se parecía a la mía, me estaba gritando que ellos eran reales y que de verdad estábamos en mi habitación. Que realmente se acercaban a mí como dos depredadores y que el miedo… no existía. ¿Por qué no les tenía miedo? Era todo lo contrario, me sentía segura cerca de ellos.

Una mano se posó en mi mejilla con tanta delicadeza que hizo que mi piel se erizara y se me escapara un suave gemido. ¿Así se sentía estar segura y protegida? Un momento… ¿Segura y protegida con dos enmascarados? Miré directamente hacia las equis, como si pudiera ver más allá, a esos ojos que se escondían de mí. Y lo supe. Ellos estaban aquí, fingiendo que nada de esto era real, pero sí lo era. Y no sería yo la responsable de romper esta burbuja. Permitiría que ellos pensaran que lo tenían todo bajo control. Ahora era consciente de que mis sueños con ellos fueron reales desde el primer momento.

Me recosté en la cama. Los dos pares de manos volaron por el aire, cortándolo, haciendo un ruido ligero y agradable, y se posaron en mi cuerpo. Viajaron por mi piel como una ligera caricia. Parpadeé tan lento que sentí como si el mundo se detuviera en este instante. La venda cubrió mis ojos, haciéndome sonreír internamente. No importaba que ellos trataran de ocultar sus identidades, tenía la ligera sospecha de quiénes eran, porque pocas personas en esta universidad iban en pack de dos. *Solo ellos*.

Los dejé hacer conmigo lo que quisieron. De entre mis labios salió un gemido estrangulado. Quería esto. Así que cerré los ojos y me dormí, sintiendo cada caricia, cada lamida, cada penetración de esos dedos largos y gruesos en mi coño.

«Somnofilia… Enferma…»

Mi cuerpo se sacudió con violencia.

«Filias… Enferma…»

Grité.

Alguien me zarandeó por los hombros y mis ojos se abrieron abruptamente, encontrándome con el rostro de Sabrina delante de mí.

—Estabas llorando —dijo jadeante. Sabrina se sentó en la cama, encima de sus piernas, y se puso una mano en el corazón—. Gritabas, Astrid.

—¿Qué gritaba? —pregunté asustada.

—El nombre de Sterling. Creo que era una pesadilla

Cerré los ojos y traté de recordar. La oscuridad nubló mi mente, luego unas equis de neón, rojas y azules. Un nudo apretó en mi garganta y tragué grueso con dificultad. Los recordaba a ellos. Sutilmente, metí una mano por dentro de mis bragas y palpé, había algo seco en mi piel. Luego… me dormí. Dejé que ellos hicieran conmigo lo que querían y me dormí… Abrí los ojos.

—¿Alguna vez te has sentido segura con un monstruo? —pregunté a mi amiga.

—¿Qué?

—Que si crees que hay monstruos con los que puedes llegar a sentirte segura, sabiendo que no te harán nada. —Sabrina guardó silencio—. Responde, joder —mascullé.

—Sí, Astrid, lo creo.

Mi amiga se levantó de la cama y se encerró en su baño. La imité, pero yo fui a mi habitación y rebusqué por todos lados, necesitaba encontrar una pista, algo que los incriminara. Quería… enfrentarlos. Gritarles a la cara que lo sabía todo, que ellos se habían metido en mi mente y habían jugado con ella. Me pasé horas y horas buscando en la pequeñísima habitación. No encontré nada, habían sido meticulosos. Con la mandíbula apretada, me di por vencida. Este no era el camino que debía seguir. Entonces una sonrisa se formó en mi cara recordando lo que pensé anoche. Sí, les dejaría pensar que lo tenían todo bajo control. Me haría la tonta. Pero ganaría este pulso que me estaban echando. Además, mañana era la fiesta de Halloween y pasaría gran parte de la noche cerca de ellos… De los gemelos Stone.

Me duché y me vestí, lista para ir a la biblioteca y estudiar un poco. Cogí un taxi, no me apetecía conducir después de lo que me pasó ayer. Ignoré las notificaciones de mi móvil en cuanto puse un pie en ese lugar silencioso, me sumergí durante horas en los libros. Busqué información que nada tenía que ver con mis estudios.

«Somnofilia. Volumen 1. Doctor Paul Quentin».

«Asfixiofilia. Por el doctor Albert Schumer».

«¿Qué dice la psicología sobre las filias? Doctora Helena Scott».

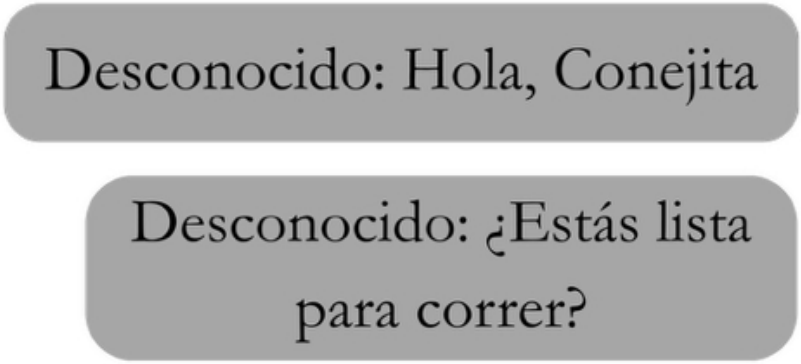
Los leí todos. La lectura me absorbió tanto y comprendí tantas cosas que no me di cuenta de que la biblioteca estaba a punto de cerrar y ni siquiera había comido. Cogí mi móvil de la mesa y… mis ojos se abrieron como platos al ver la imagen grotesca que me había enviado ese número desconocido. Se me escapó un gritito agudo, atrayendo la atención de las pocas personas que quedaban en la biblioteca. ¿Alaric y Vaughn estaban tan locos? Joder. Mis dedos temblaron sobre la pantalla de mi móvil. Hice zoom… eso eran… ¡Dos pollas! La sombra de dos enormes pollas sobre un reguero de conejos muertos… en mi armario. Y no había una sola imagen, había más en diferentes ángulos. Ya no me sentía tan valiente.

Solté el móvil como si quemara. Sacudiendo la cabeza, me puse de pie. La hipervigilancia hizo aparición, sintiéndome como si ellos estuvieran aquí. ¿Estaban? No podía entretenerme, tenía que salir de aquí e ir a casa, allí estaría segura. Joder. Había cogido más pastel del que podía comer. Estos dos desquiciados jugaban en otra liga diferente a la mía.

Llamé a Sabrina para que viniera a por mí, mi amiga también parecía nerviosa. ¿Qué coño estaba pasando con nosotras? Recogí mis cosas rápidamente y salí de la biblioteca. Estaba —literalmente— diluviando. Esperé fuera, bajo el techo de la biblioteca, a que Sabrina apareciera. Sentí una brisa fría recorrer mis piernas semidesnudas. No fue buena idea ponerme una minifalda, aunque llevara medias, pues estas eran demasiado finas. Y mis botines no cubrían nada más que mis pies y tobillos.

A través de la columna de agua atisbé dos figuras oscuras, sobrenaturalmente quietas, bajo la enorme copa de un árbol parcialmente alumbrado por una farola encendida, donde el agua era apenas una brisa. Llevaban esas máscaras, pero no estaban encendidas. Di un paso atrás, luego otro, hasta que mi espalda chocó contra una pared. Uno movió un brazo e

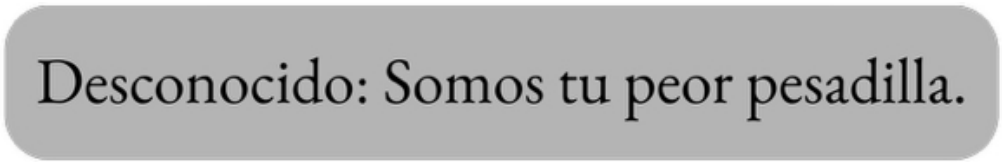
inmediatamente su móvil volvió a zumbar y ese sonido se escuchó en el basto silencio que la cubría, ni siquiera escuchaba la lluvia caer. Astrid lo sacó de su bolso muy lentamente.



Mis dedos temblaron sobre la pantalla cuando escribí:



Hice la estúpida pregunta por los nervios que me recorrían el cuerpo, porque, en realidad, yo ya sabía quiénes eran.



Se me congeló la respiración en la garganta. Aun así, con los nervios hormigueando por mis extremidades, logré escribir la pregunta que flotaba en mi mente.



Un nuevo mensaje me sobresaltó, esta vez era un audio… de una risa tan siniestra que hizo temblar mis huesos. Las figuras desaparecieron de mi vista al tiempo que los neumáticos del coche de Sabrina chirriaban en la carretera mojada. Salí corriendo, mirando por encima de mi hombro, temiendo que ellos aparecieran, pero no lo hicieron. Así como mis nervios y la hipervigilancia

tampoco me abandonaron cuando estuve dentro del coche. Y Sabrina… ella parecía tan nerviosa como yo, incluso cuando movió la mano delante de mi cara, tratando de llamar mi atención.



Habían invitado a los padres de Sabrina a la fiesta de Halloween de La Orden y yo me alegraba muchísimo por ellos, se merecían ese logro y que su empresa se impulsara. Me bajé del coche sin que mi amiga se diera cuenta y eché un vistazo a mi alrededor, buscando en la oscuridad de la noche… Di un paso, luego otro hacia esa sombra detrás de un árbol. Mis ojos se abrieron, eran ellos, estaban aquí. Corrí de vuelta al coche, donde Sabrina parecía asustada, buscándome. Puse una mano en su hombro y ella dio un respingo.

—Están aquí —jadeé.

Sabrina me tomó de la mano y nos llevó dentro de la casa. Mis pulmones nunca habían trabajado tanto. Nos encerramos en su habitación, mi amiga cerró las cortinas de un fuerte tirón, haciendo temblar la barra anclada en la pared. Sabrina se giró hacia mí, moviendo la boca, hablándome.

—Están aquí —repetí sin aliento.

Son los malditos Alpha Sigma, no nos volamos locas.

Iba a negar con la cabeza, pero no lo hice. Pensé que era mejor que mi amiga creyera que eran los Alpha Sigma y no los gemelos demonio, Alaric y Vaughn Stone, buscándome… Sacudí la cabeza. No me estaban buscando.

Alaric y Vaughn Stone me estaban cazando. Estaban cazando a su presa, la que los había provocado.

—¿Qué he hecho? —murmuré en voz baja, tan baja que mi amiga no me escuchó.

Decidí que era mejor despejar mi mente y tratar de enfrentar esto a la mañana siguiente. Incluso después de ese escalofriante vídeo que había saltado por sí solo en el móvil de mi amiga. Incluso después de permitir que mis piernas temblaran un poco más por la maldita situación. Me remangué las

mangas invisibles de mi mente. No podía dejar que esos dos demonios se metieran en ella, ya había demasiada gente loca viviendo ahí dentro. Así que lo hice, lo olvidé. Escondí todo eso bajo llave en un lugar seguro dentro de mi cabeza y me concentré en mi amiga, que se había follado a alguien y no quería decirme a quién. Hicimos nuestra promesa superpromesa, la que hacíamos desde que éramos pequeñas, y un pacto que nos implicaba a nosotras y a dos buenorros con pollas grandes que nos hicieran ver las estrellas mañana por la noche.

Nos pusimos los pijamas y luego bajamos a cenar con las demás chicas. Ignoré las miradas de odio de Madeline y me senté en mi silla. Arrasé con la comida que había sobre la mesa, todo estaba buenísimo y yo tenía mucha hambre. Sonreí internamente cuando supe lo que haría en cuanto me metiera en la cama: vería vídeos de conejitos adorablemente achuchables y esponjosos hasta que los demonios salieran de mis pensamientos.

Capítulo nueve



Astrid

Anoche me costó dormir. No estaba segura de si era por los nervios de la fiesta de hoy o porque no dejaba de pensar en que los gemelos aparecerían en cualquier momento. No lo hicieron. Me desperté varias veces de madrugada y no había ni rastro de ellos. ¿Se habían cansado? No sabía si eso era un consuelo o una decepción.

—Me voy a volver loca, por Dios —gruñí.

Dudaba de todo, de mi realidad, de mis sentimientos, de esa voz incesante en mi cabeza. Él seguía ahí metido y no tenía ni idea de cómo sacarlo. Saqué mi móvil del pequeño bolso que llevaría a la fiesta de la Casa Umbra. Yo ya estaba lista y esperando a que mi amiga terminara de arreglarse. Miré de nuevo las coordenadas que dejé guardadas en el mapa de mi móvil. Me sentí rara, como si hubiera algún número fuera de lugar. Maldito Halloween y malditos Alpha Sigmas y sus estúpidas bromas. Este año los odiaba a todos ellos.

Me di la vuelta hacia Sabrina, que deslizaba las manos por sus costados. Cuando se giró hacia mí, abandonando su reflejo en el espejo, le levanté los dos pulgares. Estaba preciosa y yo también. Esta noche era para mí, eso dijo mi amiga. Y quizás tenía razón, necesitaba olvidar a Sterling y a mis padres.

Necesitaba divertirme. Sabrina me dio un azote en el culo, haciéndome protestar de broma. Nos subimos a su coche. Un repentino escalofrío me recorrió de pies a cabeza. La noche se sentía extraña, más fría de lo normal, muy húmeda. Respiré hondo, tratando de mantener a raya todos esos pensamientos paranoicos. Era consciente de que esta noche vería a Vaughn y a Alaric, pero no les prestaría atención, eso solo los provocaría más, ¿verdad?

Me entretuve con el móvil y hablando con Sabrina de camino a las coordenadas que habíamos puesto en el GPS. Me llegó un mensaje de mi padre, diciéndome que no se me ocurriera meter la pata y que si tenía que abrirme de piernas para un niño rico, que lo hiciera… La empresa siempre era más importante, la imagen que nuestro apellido daba. Resoplé molesta. Sabrina se dio cuenta de mi repentino malestar y me quitó el móvil, lanzándolo a los asientos traseros. Me reí y le di las gracias.

Noté los árboles cerrándose a ambos lados de la carretera de tierra y grava. Aplaudí emocionada, esperaba esta fiesta con ansias desde que nos llegó la invitación y, dado que quería dejar toda mi mierda atrás, me centré solo en la música que ya empezaba a sonar en mi cabeza. Así que le hice un bailecito sexy a mi amiga, que se rio sacudiendo la cabeza.

—¡Vamos a follar! —chillé.

—¡Sí!

Me reí a carcajadas.

—Y todavía no hemos bebido —murmuré. Sabrina chocó su puño con el mío—. Nos vamos a emborrachar…

—Y a follar con todo lo que se nos ponga por delante —continuó ella.

De repente, mi amiga ralentizó la velocidad del coche al tiempo que su ceño se fruncía. Miré hacia delante, hacia la hilera de coches que teníamos frente a nosotras. Mi corazón tamborileó con fuerza dentro de mi pecho, retorciéndose. Mis alarmas internas se activaron. Esto era demasiado extraño. Había guardias armados comprobando quién conducía y una lista que otro llevaba en las manos. No. Tenía que dejar atrás todo eso. Me mentalicé que esto era normal, estábamos asistiendo a la fiesta de una sociedad secreta de la universidad. Una fiesta. Una fiesta. Chicos a montones. Alcohol. Diversión.

Solté un gritito agudo, soltando la tensión de mi cuerpo. Sabrina dejó escapar una risilla. Un guardia se aproximaba a nosotras. Mis labios se

separaron, el tipo era enorme y negro, lo pude ver en el trocito de piel que quedó expuesto en su cuello, entre el pasamontañas y el traje de chaqueta oscuro y elegante que llevaba. La calavera con el puñal atravesando el hueso en la verja de hierro forjado llamó mi atención por un momento. Me sonaba ese símbolo, pero no lo ubicaba.

—Sigan y aparquen por el lado derecho —dijo el guardia, al otro lado de la ventanilla.

Asintió y avanzó como no dijo. Giró a la derecha por un camino apenas alumbrado.

—Ninguno de los otros coches vienen por aquí —señalé.

Respiré nerviosa. Los pensamientos paranoicos e histéricos ya no se podían detener, no pude alejarlos de mi mente. Las puertas del coche se abrieron y alguien tiró de mí hacia fuera. Un guardia se llevaba a Sabrina. Solté un grito justo cuando una mano enguantada me cubrió la boca. Intenté pelear, pero quien me retenía era mucho más fuerte que yo. Me vendaron los ojos antes de subirme al maletero de un coche. Los hombres que lo hicieron, porque eran dos, llevaban un pasamontañas y solo pude verles los ojos. Dos pares oscuros como la noche, nada que ver con los azules de los gemelos. ¿Quiénes eran y adónde me llevaban?

Pataleé y golpeé el maletero por dentro. Cuando me percaté de que no se detendrían, comencé a hacer respiraciones para tranquilizarme, pues tenía que pensar en un plan para salir de aquí y encontrar a Sabrina. ¿Adónde se la habían llevado? Exhalé temblorosa. Estaba jodidamente asustada. ¿Y si esto era obra de Sterling? Mi hermano tenía contactos y podía enviar a alguien a secuestrarme solo por el placer de hacerlo.

El coche se detuvo abruptamente, haciendo que mi cuerpo se deslizara de un lado a otro. Escuché unas voces, unas risas posteriores y luego… el maletero se abrió y no había nadie, solo un bosque oscuro y profundo.

—¿Hola? —balbuceé—. Si esto es una broma, no tiene ni una pizca de gracia.

Nadie respondió, solo el búho que se escondía en algún lugar entre las ramas de los árboles. Una ligera capa de neblina cubría el suelo. Me di cuenta de que en algún momento del forcejeo desde el coche de mi amiga hasta este en el que me encontraba ahora había perdido los zapatos. Me tragué el miedo,

al menos por un momento, y puse un pie descalzo en la fría y húmeda hierba. Miré a un lado, luego al otro, no había nadie. Respiré hondo, mentalizándome de que esto era una estúpida broma de alguien, no podía ser mi hermano. *No quería que fuera él.*

Me bajé lentamente. Sentía como si mi corazón estuviera tratando de hacer un agujero desde dentro y salir de su lugar, correr lo más lejos posible de aquí. Todas mis alarmas seguían sonando, alto y claro, dentro de mi cabeza. Una voz lejana me decía que tenía que empezar a correr. Enderecé la espalda. Mi respiración se atascó en mis pulmones, dolorosamente atascada, cuando vi las equis entre la penumbra, saliendo lentamente… Dieron un paso más hacia mí, luego otro y otro y otro y otro. Al mismo tiempo, comencé a caminar hacia atrás, rodeando el coche. El eco de la risa de uno golpeó mis huesos, siniestra e inquietante.

Moví los pies sobre la hierba y lentamente me di la vuelta, dándoles la espalda a los dos demonios que… Cerré los ojos. Esto era estúpido. Iba vestida de conejita y ellos… Ellos querían cazarme.

—Conejita… —Una corriente eléctrica me recorrió la columna con la voz de Alaric, sabía que era él y que cada vez estaba más cerca—. ¿Estás preparada para correr?

—Por favor —susurré.

—Hazlo, Conejita —exigió Vaughn.

Y lo hice. Corrí como alma que llevaba el Diablo. Corrí como si no hubiera un mañana. Las pequeñas ramas del suelo se me clavaban en los pies descalzos, pero no me importó, porque ellos venían detrás de mí. Los árboles se volvieron un borrón. La niebla parecía hacerse más espesa con cada tramo que recorría. Me tropecé una y dos veces, hubo una tercera, y me levanté en todas. Corrí, corrí, corrí y corrí. Hasta que mis pulmones ardían, hasta que el sudor empapaba mi cuerpo, hasta que el frío cortaba como un cuchillo en mi garganta.

Mis rodillas cayeron en la tierra y gateé por ella hasta el hueco que había en el suelo. Los pies me dolían. Las pequeñas ramas y piedrecillas del camino se me habían clavado en las plantas y me habían hecho heridas. Me había deslizado en la cavidad entre las raíces, que me envolvió en silencio. Las ramas retorcidas de los árboles me rozaron los hombros como dedos huesudos y la

oscuridad me oprimió la garganta. Si respiraba demasiado fuerte, me descubrirían.

Los sonidos del bosque me tenían nerviosa y me ponían los vellos de punta. El búho, que parecía haberme seguido hasta aquí o quizás era otro, no dejaba de ulular. Aunque eso no acallaba los latidos erráticos y acelerados dentro de mi pecho. Tuve que huir… Nunca debería haberlos provocado. Jamás debí haberme fijado en los gemelos Stone… Eso era lo que decía la parte razonable de mi mente. En cambio, la otra estaba emocionada.

Una rama crujió, rompiendo el fugaz silencio que se había instalado a mi alrededor. Intenté controlar mi respiración… Solté un fuerte grito que atravesó el bosque cuando una mano envolvió mi tobillo.

Me habían atrapado. Estaba siendo arrastrada por el tobillo. Mis uñas se clavaron en la tierra mojada. Uno rio y el otro… me observaba tras la máscara. Esas equis de neón me dieron escalofríos.

—¡Suéltame! —sollocé, pero no de miedo, sino… de excitación.

«Enferma», sonó la voz de Sterling en mi mente. Pero el movimiento de Alaric empujó a mi hermano lejos de mí. Sacó un machete de su espalda. Reprimí el grito que amenazó con salir de entre mis labios. ¿Por qué? ¿Por qué todo esto me parecía tan jodidamente excitante? Había algo muy malo dentro de mí. Vaughn se detuvo, no estaba segura de cómo sabía quién era cada uno tras esas máscaras, pero lo sabía. Quizás era porque notaba que el que portaba el machete era apenas unos centímetros más bajo que el que me había arrastrado por el tobillo.

Respiré hondo. No iba a ponerles las cosas tan fáciles. Si me querían, los haría sufrir. Así que me giré en el suelo y le di una patada a Vaughn en el muslo. Traté de ponerme de pie, pero Alaric fue más rápido y me rodeó la cintura con su brazo, pegando mi espalda a su pecho. Sentí su erección clavándose en mi columna.

—Conejita… —susurró en mi oído—. No te estás portando bien con nosotros, que solo queremos follarte.

Vaughn apareció de repente delante de mí y me agarró por la mandíbula, clavando los dedos en mis mejillas. Se levantó la máscara, supuse que era una estupidez seguir ocultándose.

—Ya veo que no pareces sorprendida —dijo—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—¿Qué importa?

Vaughn sonrió y nunca había visto nada más siniestro y bonito al mismo tiempo.

—Te hemos cazado —murmuró Alaric—. Ahora queremos hacer uso de nuestro trofeo.

—Gritaré. —¿Por qué había dicho eso? No quería gritar, no quería huir. Quería todo lo que tenían para darme.

—Te haremos gritar, Conejita. —Y con eso, Vaughn me echó sobre su hombro—. Gritarás tan fuerte cuando te estemos follando por turnos y al mismo tiempo que hasta esos cabrones que tienes como padres te oirán.

Alaric se rio. Ignoré el comentario sobre mis padres.

—Además —intervino Alaric—, necesitamos hacer algo esta noche, hay luna llena.

Fruncí el ceño, sin entender qué tenía que ver la luna. El calor me acarició el trasero desnudo y comprendí que habíamos entrado en algún lugar cálido. Al observar a mi alrededor, me di cuenta de que era una cabaña. Pequeña, pero bien provista. Vaughn me lanzó contra un colchón en el suelo. Me puse de rodillas, tanteando el terreno… Mi estúpido instinto rebelde todavía quería provocarlos más. Vaughn se dio cuenta de lo que hacía y sonrió de medio lado mientras comenzaba a quitarse la chaqueta y la camiseta. Mis labios se separaron cuando vi su cuerpo tatuado, cuando atisbé músculo sobre músculo y venas marcadas bajando por esa V en sus caderas.

Tragué grueso. El bulto que había notado en mi espalda cuando Alaric me sujetaba había sido grande y Vaughn no se quedaba atrás. Pero yo quería esto, ¿verdad?

—Hermano, nuestra Conejita se ha vuelto tímida —bromeó Vaughn.

—Parece que ya no quiere masturbarse delante de nosotros.

—Tendremos que obligarla a abrirse de piernas.

—Sí… necesitamos correrno dentro y dejarla embarazada.

Se me escapó una carcajada. ¿Dejarme embarazada? Se habían vuelto locos. ¿Por qué querrían hacer algo así? Alaric puso una rodilla en el colchón y

se inclinó hacia mí, dejando su cara a un palmo de la mía.

—¿Por qué te ríes, Conejita? —La excitación era evidente en su voz—. ¿No quieres que te atrapemos para siempre?

—Atraparme para siempre —me reí sin ganas—. Estáis locos.

—Tanto como tú, Conejita.

Giré la cabeza hacia Vaughn, en algún momento se había movido y se había arrodillado a mi lado. La cercanía de ambos tenía mi piel erizada. Alaric deslizó sus nudillos desde mi sien hasta mi pecho izquierdo.

—Te conocemos bien, Conejita —dijo.

—No, no lo hacéis.

Vaughn rio y acercó su boca a mi cuello.

—Sabemos todos tus secretitos. Hasta los más sucios y adivina, Conejita.

—¿Qu-qué? —tartamudeé.

—Hemos cumplido algunos de ellos. —Me estremecí ante su tono siniestro—. Te encanta que te follen y te asfixien.

Un recuerdo en forma de flash apareció en mi mente. Sabía que no habían sido alucinaciones, pero mi psicólogo y mi psiquiatra me hicieron creer que era así.

—Te hemos follado mientras dormías —continuó Alaric. Se me escapó un gemido—. Pero necesitamos algo de ti, algo que nos unirá para siempre a los tres.

—No…

Alaric tiró de mis tobillos, mi espalda chocó contra el colchón. En un abrir y cerrar de ojos nos quedamos desnudos, ellos se habían deshecho de mi disfraz y de sus pantalones. Eran enormes en todos los sentidos. Los tatuajes corrían por sus torsos y espaldas. Calaveras, alas sangrando, palabras en latín que no sabía qué significaban, y en sus hombros, Alaric en el derecho y Vaughn en el izquierdo, dos orejas de conejo.

Capítulo diez



Vaughn

Ella gritaba y gemía —se retorcía— mientras mi hermano le follaba el coño con los dedos y le chupaba el clítoris. Me encargué de su boca, me la follé y me corrí en ella. Necesitaba aguantar más cuando mi hermano y yo nos metiéramos dentro de ella al mismo tiempo y tendríamos toda la noche para follarla por turnos. Teníamos toda la jodida vida. Nuestra obsesión por Astrid había crecido como la mala hierba y había arraigado fuertemente dentro de nosotros.

Mientras Alaric la hizo correrse y se corrió él mismo sobre su vientre, aproveché para ponerme a horcajadas sobre el torso de Astrid y la sujeté por la mandíbula, acariciando la línea recta de su mandíbula con mi pulgar.

—No tengas miedo de decir lo que quieres, Conejita —murmuré—. Alaric y yo te lo daremos… todo.

La emoción cruzó su mirada e hizo brillar sus ojos. Podría haber iluminado una calle entera. Me levanté y la arrastré conmigo, agarrándola por las manos. Su cuerpo casi estaba laxo cuando me acosté de espaldas en la cama y la tumbé encima de mí. Apoyó la palma al lado de mi cabeza y se levantó ligeramente, mirándome a los ojos. La rodeé con los brazos, impidiéndole que

se moviera demasiado. Mi hermano se movió entre mis piernas, se encajó entre ellas. Se me escapó un gemido de entre los labios, ahogado y tembloroso cuando sentí la cabeza de mi pene entrar en ella. ¿Qué cojones acababa de pasarme? Era la primera vez que esto me pasaba con una mujer, la primera vez que me voltearon los ojos cuando sentí su calor envolverme.

Esto estaba pasando. Astrid por fin sería nuestra. Mi hermano entró, la estiramos entre los dos mientras ella emitía gruñidos y jadeos descontrolados. Esperamos. Esperamos. Luego me moví y mi hermano hizo lo mismo. Un gruñido gutural recorrió mi pecho y subió por mi garganta. Moví las caderas desde abajo, usando el cuerpo de Astrid y mis codos para estabilizarme. Alaric encontró su propio ritmo y todo fluyó. Entrábamos y salíamos de ella de forma dura y despiadada. Sus gritos no hacían más que alimentar mi energía.

—Parad —murmuró ella, y mi hermano y yo nos reímos.

—Conejita… —gruñí, saliendo de su coño—. Nunca pararemos.

Astrid gimió en mi oído. Mi hermano y yo empezamos a movernos más rápido, buscando nuestras propias liberaciones. Joder, me había corrido en su boca y ya quería volver a hacerlo, pero esta vez en su coño. Profundamente dentro de ella para atarla a nosotros de por vida.

—Hermano, tendremos su coño a nuestra disposición siempre —gimoteó Alaric como si hubiera leído mi mente.

—¡No! —chilló ella—. Tomo la píldora, malditos imbéciles.

Mi risa y la de mi hermano sonaron al unísono. Nuestro ritmo era sincronizado, como tantas otras veces hicimos en el pasado, antes de que nuestra Conejita se convirtiera en nuestra obsesión más oscura. Yo la follaba desde abajo, hundiéndome en su calor. Mientras tanto, Alaric la sujetaba por las caderas y se la follaba por detrás, haciendo temblar el pequeño cuerpo de nuestra Conejita.

Aparté de la cara sudada de Astrid un rizo casi deshecho y lo metí detrás de su oreja. Podía negarse todo lo que quería, pero los tres sabíamos que esto era lo que quería. La mano de mi hermano apareció como un fantasma entre su melena, que colgaba por sus hombros, y envolvió su garganta. Tiró de ella, sentándola sobre mí, haciéndome entrar más profundo dentro de ella. Astrid soltó un gritito agudo cuando la agarré por debajo de las rodillas y comencé a

follarla más fuerte. Con esta posición podía ver perfectamente mi polla y la de mi hermano entrando y saliendo de ella.

Alaric la mantenía quieta, ligeramente asfixiándola con su mano. Su coño se contrajo y mi hermano y yo gemimos al mismo tiempo. Su cuerpo empezó a convulsionar. Sus pequeñas tetas rebotaban con cada temblor, con cada penetración. Mi hermano se quedó quieto, pegando su pecho a la espalda de nuestra mujer… Sí, ya era nuestra. Empujé a Astrid hacia abajo y me corrí. Nunca había sentido nada tan placentero como llenarla con mi semen. ¿Sería siempre así? Joder, esperaba que sí. Desde que mi abuelo nos metió la idea en la cabeza no he dejado de imaginarla con el vientre hinchado, siendo nuestra.

Mi hermano la tomó por debajo de las axilas y la levantó.

—Se ha desmayado —señaló.

Lo ayudé a vestirla con el puto disfraz… Joder, iba a ir así vestida a la fiesta y estaba seguro de que los putos buitres se le habrían lanzado encima. Quemaría el disfraz más tarde, cuando la pusiéramos a salvo en la Mansión. Tras vestirnos, mi hermano y yo la metimos en el coche. Chad y otro miembro de la Casa la habían traído hasta este bosque que pertenecía a mi familia. No estábamos muy lejos de la Mansión, teníamos que ir allí, al ala privada de mi abuelo. La dejaríamos descansar y mañana… sería un día de muchas emociones. Nos esperaba un largo e increíble día.

Astrid recibiría la venganza que se merecía.

Capítulo once



Astrid

Me removí en la superficie mullida y suave sin abrir los ojos. Me dolía el cuerpo y al mismo tiempo me sentía como si estuviera en las nubes. Noté un cuerpo cálido detrás de mí, abrazándome por la cintura con su brazo, pero no era el único. También notaba cómo un ligero aliento caliente acariciaba mi frente. Abrí los ojos abruptamente y los dos pares de brazos se apretaron a mi alrededor. Los recuerdos me atropellaron como si de un coche se tratara. Estaba en la cama de algún lugar que no conocía con Alaric y Vaughn durmiendo plácidamente. Y anoche… Mierda, ¿qué me hicieron estos dos locos?

—Conejita, vuelve a dormir —murmura la voz soñolienta de Alaric, delante de mí.

Sus ojos se entreabren y me observan, con mucha mucha atención y una sonrisa socarrona en los labios. Alaric se inclina hacia delante y me da un beso en la frente. Un gesto… que hace que mi corazón dé un vuelco dentro de mi pecho. El otro brazo, el de Vaughn, se mueve de arriba abajo por mi vientre, dándome suaves caricias con sus dedos. Maldita sea, no debería sentirme así de bien entre los dos. Me secuestraron, me… follaron… y lo disfruté todo.

Escondí la cara entre la almohada y el cuello de Alaric. Vaughn se movió, pegándose más a mí. Es cuando me percaté de que los tres estábamos completamente desnudos. La semierección de Vaughn rozó mi trasero, haciéndome estremecerme. Y había una mano en una nalga. Levanté la vista y miré a Alaric, que seguía sonriendo. Fruncí el ceño y di un salto de la cama, llevándome la almohada conmigo. Les di golpes con ella al grito de «imbéciles arrogantes», amenazándolos con matarlos a los dos por el susto de muerte que me dieron anoche.

Se fugaron de la habitación en cuanto tuvieron la oportunidad, dejándome a solas. Solté un resoplido mirando hacia la puerta cerrada, mis rizos volaron y regresaron adonde estaban.

—Hijos de puta —gruñí—. Los voy a matar.

—Señorita Langford. —Sonó una voz femenina al otro lado de la puerta —. ¿Puedo pasar? Le traigo ropa limpia y algunos enseres de baño.

—Un segundo. —Tiré de la sábana negra de la cama, en este maldito lugar todo era negro, y la envolví alrededor de mi cuerpo. Di un salto de la cama y me dirigí a la puerta para abrirla—. Pasa, por favor.

—Gracias, señorita.

La chica era rubia y muy guapa, apenas iba vestida… Se giró hacia mí cuando dejó la ropa en una silla.

—El señor Hunter y su familia la esperan en la sala de reuniones.

—No sé dónde es eso… Espera, ¿el señor Hunter y su familia?

La chica me dedicó una sonrisa; parecía tan delicada como ella. Joder, estaba muy confundida. Ella dio un paso hacia delante y me tomó de las manos, dándome un apretón reconfortante.

—No se preocupe, señorita Langford, le explicaré todo de camino a la sala. Ahora dese una ducha y salga cuando esté lista. La estaré esperando en el pasillo.

—Vale. —Me sentía rara con tantas atenciones de su parte, pero no era un mal sentimiento, solo… algo que no solía experimentar muy a menudo, solo de Sabrina y su familia—. Oye…

—Me llamo Minerva, señorita. Soy su sirvienta personal cuando esté por la Mansión de la Orden.

—Claro… —Mis ojos se abrieron como platos—. La Orden —jadeé.

Ella salió de la habitación soltando una risilla que parecía demasiado inocente, pero si estaba aquí —miré a mi alrededor— en la Mansión de la Orden. Cubrí mi boca con una mano. De verdad estaba en este lugar. Me di la vuelta hacia la única puerta que había después de coger el champú y el gel que Minerva me había dejado. Tenía que darme una ducha y relajarme. El día prometía ser muy largo.

Bajé las escaleras al lado de Minerva, que ya me había explicado todo lo que había pasado desde que anoche los gemelos me trajeron aquí para que pudiera descansar. Y también me había contado con lujo de detalles lo que encontraría nada más entrar en la sala de reuniones. Vaughn y Alaric me estarían esperando allí y lo único que tenía que hacer era sentarme entre los dos. Cuando las puertas fueron abiertas por dos hombres con máscaras doradas en forma de pájaros, me sentí nerviosa. Minerva me dio un apretoncito en el antebrazo y después… entré. Enseguida me fijé en ellos, en los dos malditos demonios que estaban tan tranquilos.

Escuché el grito de Sabrina al verme y me alegraba un montón que estuviera bien. Pero lo que Minerva me había contado de camino aquí… Joder, les arrancaría la cabeza a ambos. Aunque ahora bastaba con un par de bofetadas en la nuca. Y eso hice, dejando a la sala en un silencio que no se sentía así ni en un funeral. Hasta que la risa de Ward comenzó a sonar y tras calmarse un poco, me advirtió de que no sabía lo que acababa de provocar. Aunque por las miradas intensas de Vaughn y Alaric podía imaginarlo. Vaughn tiró de mi muñeca hacia abajo, sentándome entre él y su hermano.

—La reunión de la Orden da comienzo —habló Hunter—. Y para empezar, quería dar la bienvenida a los nuevos miembros, el matrimonio Roosevelt. —Un coro de aplausos recorrió la mesa, excepto Vaughn y Alaric, todos aplaudimos—. Bien, continuemos, por favor.

Sentí algo extraño recorriendo mi columna vertebral, era una sensación de que algo pasaba y no lo sabía. Miré a Sabrina, parecía tan confusa como yo. Le sonreí, estaba guapísima y tenía un brillo diferente en la cara. No presté mucha atención a Hunter, así que cuando me preguntó si estaba de acuerdo, me quedé callada.

—Sí, lo está —intervino Vaughn.

—Tiene que decirlo ella —dijo su abuelo.

—Lo está —espetó Alaric—. Es nuestra mujer y podemos tomar esta decisión por ella.

—¿Qué decisión? —pregunté alarmada—. ¡No vais a tomar ninguna decisión por mí!

—Haznos caso, Conejita —susurró Vaughn en mi oído—. Mira quiénes están al lado de Alaric. ¿Tanto te hemos frito el cerebro que ni siquiera te has dado cuenta?

Mi cabeza giró lentamente hacia mi izquierda, mis ojos enfocados más allá del enorme cuerpo de Alaric Stone… Y allí, callados y espantados al mismo tiempo, se encontraban mis padres. ¿Por qué tenían esa expresión de horror en sus caras y por qué había dos guardias armados y enmascarados custodiándolos? Mi corazón se aceleró, latía rápido y errante dentro de mi pecho. Alaric puso su mano sobre él.

—No tengas miedos, Conejita —murmuró con voz tranquila—. Ellos nunca más te harán daño… Ni siquiera él.

Las puertas del otro lado de la sala se abrieron de par en par y Sterling fue empujado dentro. Los ojos de mi hermano, llenos de odio y fuego, se posaron en mí. Solté un grito, porque no era la primera vez que veía esa mirada, y casi me subí encima de Vaughn, aunque él me agarró por la cintura con sus fuertes manos y me aferró a su cuerpo. Oculté mi cara en la curvatura de su cuello, no podía ver a Sterling, no así.

—Sácalo de aquí, por favor —supliqué con la voz rota—. Me hará daño.

—Nadie va a tocarte, Astrid. —La seguridad en la voz de Vaughn me hizo sentirme un poco más valiente, al menos tanto como para levantar la cabeza y mirarlo a los ojos. Me dio un beso corto en los labios y apartó mis rizos de mi cara—. Nos perteneces a Alaric y a mí, ninguno de los dos dejaremos que esos cabrones vuelvan a meterse en tu cabeza y dañarte.

—¿Lo sabéis?

—Sí. Leímos tu diario.

—Eso es una invasión a mi intimidad.

—No tienes secretos con nosotros, Astrid. Te queremos tal y como eres.

Puse un dedo en mi sien y Alaric lo tomó con su mano para darle un beso.

—Te queremos con todo, Astrid —insistió Alaric.

—Estoy rota. —Se me quebró la voz.

—Entonces estaremos rotos los tres juntos.

—¿Por qué? Podéis conseguir a alguien mejor.

Vaughn puso su mano en mi mejilla.

—No hay nadie mejor que tú para los dos. Te queremos para nosotros y tú nos quieres a los dos, ¿verdad?

Miré entre uno y otro y asentí levemente. Durante mucho tiempo me había sentido mala persona por tener un enamoramiento por dos hermanos gemelos. Alaric me dio un beso en la mejilla y luego se levantó, provocando que Vaughn me apretará más contra su cuerpo y no pude evitar sucumbir a la tentación de su protección, así que me acurruqué contra él y observé a Alaric moviéndose con soltura por la habitación. Se detuvo detrás de mis padres y les pasó ambos brazos por los hombros a los dos.

—Tengo entendido que habéis sido malos —dijo con sarcasmo—. En la Orden, todo tiene un castigo.

—No hemos hecho nada contra la Orden —murmuró mi padre con miedo, podía notarlo en su tono.

—Pero sí en contra de mi mujer y la de mi hermano. —Solté un suspiro tembloroso. Los dedos de Vaughn se movieron por mi muslo, reconfortándome—. Permitisteis que el trozo de mierda al que llamáis hijo le hiciera daño. —Las manos de Alaric se apretaron en los hombros de mis padres—. ¡Tenía seis putos años!

Eso bastó para que Vaughn se levantara y me dejara entre sus padres, que no dudaron en acogerme y abrazarme. Vi a Hunter, el abuelo de los gemelos, asesinar con la mirada a mis padres.

—Creíamos que hacíamos lo correcto —balbuceó mi padre al ver a Vaughn acercarse a ellos—. Nos equivocamos.

Mi madre se dio la vuelta en la silla hacia mí.

—Hija, por favor, diles que todo fue un error.

—Un error —musité—. Lloré, os llamé gritando, supliqué… Y él nunca se detuvo. No permitisteis que ningún empleado de la casa interviniera en los… castigos de Sterling. Y cuando me dio aquella paliza que casi me mató a los seis años, les dijisteis a los médicos del hospital que había sido una persona inocente. Mandasteis a la cárcel a un inocente para proteger a vuestro hijo. ¡Eso no es un error! —Mi voz se rompió por completo.

—Tranquila, cariño —me dijo la madre de los gemelos.

—Vaughn y Alaric les harán pagar por todo lo que te hicieron —añadió el padre de ellos.

No me permití sentirme mal por ellos, por lo que sea que le fueran a hacer los gemelos. Desvié la mirada hacia Sterling, que estaba inclinado hacia delante en la mesa de ébano, con las manos esposadas en la espalda por una brida. Levanté la barbilla y él soltó un gruñido. Vaughn se acercó a donde él estaba y sacó un puñal de oro de su espalda. Tenía una calavera en la punta del mango. Tragué grueso al mismo tiempo que mi hermano, que no perdía de vista a… mi ¿novio? Exhalé, lento y tembloroso.

Vaughn levantó a Sterling por el pelo, le acercó el puñal al cuello, deslizando la hoja ligeramente. Un hilo de sangre corrió por la garganta de mi hermano. El grito de mi madre ensordeció la sala. Se levantó de un salto, mirándome fijamente. Tenía lágrimas cayendo de los ojos y eso me dolió más que nada, porque jamás lloró por mí.

—Detén esto, niña —masculló con los dientes apretados—. Piensa en Simone, se quedará sola.

Se me escapó el aire que de alguna forma había estado reteniendo en mis pulmones. Simone… ni siquiera me había acordado de mi hermana. Giré la cabeza hacia el abuelo de los gemelos y supe que le estaba suplicando con la mirada porque su gesto se suavizó.

—Está a salvo —dijo con firmeza—. No te preocupes por tu hermana, ella ha… hablado y mucho.

Berenice apartó de mi cara un mechón de pelo y lo metió detrás de mi oreja.

—Me contó cosas interesantes sobre tus padres y tu hermano, cariño. —La miré de reojo—. No quería preocuparte y por eso no te dijo nada antes.

—¿Qu-qué le han hecho? —tartamudeé.

—Ella te lo contará cuando os veáis más tarde, pero quería que supieras que está bien siempre que tú lo estés.

Hunter Stone me miró con fuego en los ojos.

—Y también que no tuvieras piedad con quien no la tuvo con vosotras —concluyó él—. ¿Qué vas a hacer, Astrid? ¿Convertirte en una Stone o seguir siendo una Langford?

Apreté los dientes. El apellido que mis padres me habían dado me asqueaba, me revolvía el estómago, porque no entendía que dos seres humanos que nos habían dado la vida a mi hermana y a mí permitieran que alguien nos hiciera tantísimo daño. Me puse de pie y me acerqué a Alaric, le susurré en el oído y luego hice lo mismo con Vaughn. Ambos sonrieron de forma lobuna. Di la vuelta a la mesa y, con piernas temblorosas, logré llegar hasta mi amiga, que me sentó en su regazo y me abrazó. Su madre me tomó de la mano. Los miembros alrededor de la mesa contemplaban a mis dos hombres. Vaughn apartó el puñal del cuello de Sterling. Miró fijamente a su abuelo.

—La Caza —dijo sin rodeos—. Alaric, mis padres, el tío Ward y tú, abuelo.

Hunter se levantó, apoyando los puños sobre la mesa. Era impresionante la autoridad que desprendía, lo mucho que su mera presencia imponía a todo el que le rodeaba.

—Paulina. —Una chica en un rincón se acercó a él—. Que preparen el laberinto para La Caza.



Sabrina me tenía sujeta por la cintura con su brazo, su padre custodiándome al otro lado, mientras observábamos a través de la ventana el enorme laberinto. Le había dado mil vueltas a la cabeza, intentando averiguar qué le habían

hecho esos monstruos a mi hermanita. Si Sterling se había atrevido a ponerle una mano encima…

—Joder —suspiré con voz queda.

Frederic me dio un beso en la cabeza.

—No te preocupes, mi niña —dijo Emma, la madre de mi amiga, que se encontraba al otro lado de su esposo—. Nos ocuparemos de tu hermana.

—Gracias. —Mi voz temblorosa por las emociones—. De verdad…

—No tienes nada que agradecer —me interrumpió Frederic—. Tu hermana y tú siempre seréis bienvenidas a mi familia, *somos vuestra familia*.

Sabrina me dio un beso en la mejilla y limpió con el dorso de su mano la única lágrima que había caído.

—Por favor, presten atención —sonó la voz de una mujer por el altavoz. Unas puertas se abrieron y los Stone salieron por ella… armados, muy armados—. La Caza de hoy es especial. Los miembros más antiguos son conocedores de que este evento solo sucede una vez al año. —Paulina, la mujer que hablaba, me dio un vistazo rápido y me guiñó el ojo antes de seguir caminando—. Pero hoy es una ocasión especial, ya que la mujer de los gemelos demonio ha sido dañada.

Los murmullos recorrieron esta habitación, donde todos los miembros de la Orden, incluidos los siervos, estaban expectantes de lo que iba a ocurrir… de La Caza.

—En la Orden somos asesinos, viciosos y mil cosas más, pero jamás le ponemos la mano encima a los niños —continuó Paulina—. Y esa gente que está ahí abajo… —Mis padres y mi hermano fueron empujados a la entrada del laberinto por guardias armados—. Los Langford —pronunció con asco—, han hecho daño a dos mujeres desde que eran niñas. Sterling Langford ha sido el brazo ejecutor, pero sus padres han cubierto sus fechorías. No podemos permitir que gente así pertenezca a nuestro círculo y tampoco que anden por ahí como si nada.

Varios síes sonaron al unísono. Paulina dejó el micrófono a un lado y pulsó un botón que hizo sonar una alarma. Mis padres y Sterling fueron soltados de inmediato de las bridas. Los guardias les dijeron algo que los hicieron correr dentro del laberinto. Unos drones volaban por el aire,

persiguiéndolos. Pero los Stone no se movían, estaban estáticos en el mismo lugar. Dos cabezas giraron hacia donde me encontraban, Alaric y Vaughn me sonrieron y después… corrieron al laberinto. Me acerqué a una de las pantallas a mi derecha, prácticamente me pegué a ella, y sentí un cuerpo femenino detenerse a mi lado.

—No usarán munición real —dijo Paulina—. Les harán daño físico, no solo psicológico, porque ellos no saben que la munición son balas de goma.

—¿Duelen?

—Sí, joder. Duelen muchísimo y dejan marcas.

—¿Y qué harán con ellos cuando acabe La Caza?

Paulina sonrió, la misma sonrisa que los gemelos.

—Mi padre se quedará a los tuyos como mascotas, y en cuanto a ese bastardo que tienes como hermano… Mis sobrinos se divertirán con ellos. Puede que incluso Ward participe de vez en cuando.

—Eres…

—La hija bastarda de Hunter Stone.

—Encantada.

Paulina miró por encima de su hombro.

—Ward ha encontrado una buena mujer. —Desvió la mirada hacia mí—. Y los gemelos también.

Sentí que mis mejillas ardían. En fin, estaba acostumbrada a que los tíos me echaran piropos, que Sabrina o sus padres lo hicieran. Pero fuera de ellos… nadie solía girarse y decirme algo bonito. Observé la pantalla en silencio, viendo y escuchando a los gemelos riéndose mientras perseguían a mi hermano. Ward iba con ellos, más callado, más centrado, pero igual de intimidante. Por el otro lado, Hunter, Berenice y Archibald se dirigían entre risas hacia donde mis padres estaban escondidos. Y por primera vez en mi vida me sentí bien con todo esto.

—El médico te revisará —dijo de repente Paulina.

—Me encuentro bien.

—No lo dudo, pero debe hacerlo de cara al embarazo.

Puse los ojos en blanco. ¿Todos los Stone eran igual de obsesivos con ese tema?

—No puedo quedarme embarazada porque tomo la píldora.

—¿Todavía no te lo han contado los gemelos? —preguntó confundida.

—¿Contarme qué?

—Te cambiaron las píldoras hace semanas, lo que has estado tomando es placebo. Si mis cálculos no fallan, ya podrías estar embarazada.

—¡Los voy a asesinar mientras duermen! —chillé.



Astrid

—¡Papi!

Esbocé una sonrisa cuando Nial tropezó al querer salir corriendo hacia Alaric. Balbuceó cosas ininteligibles, seguramente alguna palabrota que su padre le había enseñado. Mi bebé tenía poco más de dos años, nació en julio y le alegró el verano a toda la familia. Incluso Ward sonrió al verlo por primera vez. Alaric se comió a besos a nuestro hijo, haciéndolo reír a carcajadas. Vaughn era un poco más despegado, no era que no quisiera a nuestro hijo, solo que tenía otras formas de demostrarle su amor. Alaric era el de los besos y Vaughn el que lo vigilaba por las noches mientras dormía en su cuna.

—Hola, Conejita —me saludó Vaughn, y me dio un beso en los labios—. ¿Estás lista para esta noche?

Sonreí, una sonrisa completa. Ayer fue mi último día en la universidad, un pequeño parón para celebrar Halloween. No había dejado de estudiar tras enterarme de que, efectivamente, los gemelos me habían dejado embarazada tal y como se habían propuesto. Casi los maté delante de sus padres, lo que provocó que tanto ellos como Hunter se rieran. Me costó acostumbrarme al

embarazo, pues no era algo que había deseado al principio, pero cuando sentí el primer movimiento de mi bebé… Olvidé todo aquello.

—Sabrina dice que participará este año —mencioné.

—Lo sabemos, nuestro tío nos ha informado para que le echemos un ojo.

—No creo que nadie se atreva a hacerle daño a la mano derecha del Gran Maestro —dije con una sonrisa en los labios.

Alaric se sentó a mi lado en el sofá del solárium de la Mansión. Me encantaba pasar el rato aquí con mi hijo, desde donde podía ver el laberinto que había comenzado a amar. Me recosté en el hombro de Vaughn, observando el laberinto fijamente. Esta noche, los Langford serían soltados como cada año para La Caza. Paulina tenía razón, Hunter se había adueñado de… los padres de Sterling y los gemelos de él. Los tenían como mascotas, les habían obligado a hacer cosas que harían vomitar a cualquiera. Yo ya no los llamaba papá, mamá o hermano, no eran nada para mí. Y la voz de Sterling en mi cabeza había sido sustituida por la risa de mi bebé. Mi mente no estaba curada, pues la sed de venganza todavía era fuerte en mí y quizás sería siempre así, pero me daba igual porque Alaric y Vaughn me habían enseñado a aceptarme tal y como era. Estaba rota, pero ellos también.

—¿Tu hermana viene este año? —preguntó Alaric.

—Sí —respondí.

Simone era miembro de la Casa Umbra, se había ganado a pulso el puesto que ahora tenía. Era la nueva Captadora desde hacía un año y la hermana pequeña de Sabrina era una Sacerdotisa, se encargaba de iniciar a los nuevos miembros. Ambas trabajaban codo con codo, muy muy juntas. Todos nos habíamos dado cuenta de la relación «secreta» que mantenían, pero no habíamos dicho nada, pues eso les correspondía a ellas. En cualquier caso, mi hermana había vuelto a sonreír gracias a la hermana de mi mejor amiga y eso era todo lo que me importaba.

A Simone le había costado mucho olvidar las manos de Sterling sobre ella. Ni siquiera era capaz de dormir con la puerta cerrada o la luz apagada cuando se mudó con los Roosevelt a su casa. Frederic y su esposa tuvieron que consolarla muchas noches cuando se despertaba gritando. Esta noche era la primera vez que mi hermana se atrevía a estar presente en la fiesta anual de Halloween de la Orden. Sería la primera vez que los vería a… ellos.

—¿Estás lista para correr, Conejita? —susurró Alaric en mi oído con voz sensual.

Me mordí el labio inferior. Me encantaba nuestra relación, lo que teníamos entre los tres. Ellos comprendían mis intereses sexuales y yo los suyos. Me encantaba cumplirles sus fantasías y que ellos hicieran lo mismo conmigo. Miré a uno y luego al otro, eran iguales y diferentes al mismo tiempo. Y eran completamente míos.

—Corre, Conejita —murmuró Vaughn con una sonrisa que me hizo estremecerme—. Corre para nosotros.

Sobre la autora



Jake M.O. es el seudónimo de una autora española de 33 años que escribe historias de Mafia, Tabúes y Dark Romance. Sus personajes nunca son un ejemplo (así que no te fijes en ellos). La mayoría de estos son posesivos, celosos y… asesinos.

Con una vida difícil, su mente se refugió en imaginar otras historias, donde siempre había un monstruo, pero este la protegía. Un día, después de mucho leer, decidió plasmar esas ideas y así nació Jake. Que, por si te lo preguntas, es solo un nombre que vio en una serie de dibujos animados.

A Jake le fascina explorar los límites, hasta dónde estaría dispuesto a llegar uno por amor u obsesión si pudiera obedecer lo que dice esa vocecilla que todos tenemos dentro.

Jake nunca muestra su rostro, pero deja el alma en cada palabra. Porque, a veces, las historias más oscuras nacen de la luz más tenue.



Miles de millones de gracias por haberme acompañado en esta pequeña aventura. Espero que os hayan gustado ambas historias y que hayan cumplido con vuestras expectativas. Y si no ha sido así… lo volveré a intentar. ¿Quién sabe? Quizás el año que viene vuelva con otros relatos. Aunque la Navidad también parece una buena época para… leer y calentarse.

Gracias por las palabras de ánimos de mis chicas del grupo de Telegram. Gracias a mi lectora beta y a su sombra por apoyarme siempre y decirme cosas bonitas. Gracias a mis colaboradoras por tomarse el tiempo de leer estos relatos, que aunque cortos, quitan tiempo de otras cosas y lecturas. Y gracias también a los lectores de Kindle Unlimited por estar ahí en las sombras, no sé quiénes sois, pero gracias.

Así que, con todo mi cariño: seguid soñando, leyendo, riendo y, por qué no, un poquito de locura de vez en cuando. Nos vemos en la próxima historia.